

85
2ej

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

CHIAPAS: LA FRONTERA DE LO HUMANO. (RELATOS PERIODISTICOS)

T E S I S A
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACION
P R E S E N T A :
ELSA MARGARITA SANCHEZ SANDOVAL

CON LA ASESORIA DE: MTRA. ELVIRA HERNANDEZ CARBALLIDO.

271700

MEXICO, D. F.

1999



TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

CHIAPAS: LA FRONTERA DE LO HUMANO
(RELATOS PERIODISTICOS)

**TESINA QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACION**

P R E S E N T A:

ELSA MARGARITA SANCHEZ SANDOVAL

CON LA ASESORIA DE:

MTRA. ELVIRA HERNANDEZ CARBALLIDO

*Ja a pas ja ini atel kermano tac winiketik antzetik tamero
melelil jocolawal ta pis silik-lec la wilon.*

**Dedico este trabajo a mis hermanos indigenas, los hombres y
mujeres de verdad, en agradecimiento por todo lo que me dieron.**

**A las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul y a todos
los que con su vida dan testimonio de la grandeza del hombre.**

Con amor:

A Dios.

A mis padres

Rodolfo y Amalia.

A Benjamín y Carlos Sandoval Siller

por sus enseñanzas de vida.

A Tamara, Mariana, Andrea, Daniela,

Rodolfo y Pablo por el gozo de verlos crecer.

Mi más sincero agradecimiento a:
la Mtra. Eivira Hernández C. por su
profesionalismo y su calidad humana.
A la Dra. Lourdes Romero A. por su valiosa intervención.
Al prof. Enrique Cadena C. por sus aportaciones.
A Antonio Sánchez S. y a Rebeca Yoma M.
por su tiempo, sus observaciones y su apoyo.
Por su generosidad, a René Fajer, José Antonio
Dacal A., y a Honorio López A., CM.

**Toda vida es sagrada
y tiene un valor absoluto.**

Teresa de Calcuta.

CONTENIDO

Introducción	II
Un hombre pequeño	1
Más allá del límite	26
El ocaso de la razón	53
Chiapas en cifras	77
Glosario de términos en tzeltal.....	87
Bibliografía	90

INTRODUCCIÓN

Nos ha tocado vivir un momento histórico sumamente complejo en el que la ciencia y la tecnología nos han introducido en una época de cambios profundos y acelerados. Lamentablemente estos cambios y los avances que conllevan son disfrutados por algunas capas de la población, mientras otros sectores permanecen totalmente al margen.

Envuelto en la competencia y en la lucha por la vida, sin otro acceso a la realidad que viven las etnias en nuestro país que los medios masivos de comunicación, el ciudadano promedio desconoce lo que le ocurre en la trivialidad de lo cotidiano a ese otro individuo, compatriota suyo, que nació indígena.

Seguramente ustedes se preguntarán: ¿Qué importancia tiene que en un punto perdido de nuestra geografía alguien nazca o muera? ¿Es esto tan

representativo? ¿Aparece en las estadísticas? Podrá o no aparecer en las estadísticas. Pero eso no es lo que lo hace importante. Su importancia radica en **Lo Humano**.

La vorágine neoliberal de promesas de progreso a partir del esfuerzo personal, conduce a un individualismo y consumismo desenfrenados. Estos provocan en el individuo la despersonalización propia, con la consiguiente miseria, y la del otro. En este escenario, la persona pasa a segundo término y lo humano principia a requerir explicaciones.

Sin embargo, genéricamente hablando, nada hay más valioso para el hombre que el hombre mismo, aunque muchos no estén conscientes. Y éste es el motivo para realizar el presente trabajo, construido con relatos de hechos ocurridos a algunos indígenas habitantes de la Selva Lacandona.

El propósito: dar a conocer su problemática. Narrar acontecimientos significativos, que permitan al lector observar esa realidad desde otro ángulo: el humano. Hacer con tres o cuatro pinceladas, un retrato que traduzca lo que quiere decir discriminación, miseria, marginación, etc. en el devenir diario de un puñado de personas.

A partir de enero de 1994, los medios de comunicación han tratado el tema de Chiapas desde distintos ángulos. Sin embargo, poco se ha dicho sobre las implicaciones que la marginalidad le impone al individuo común; de ahí la importancia de abordarlas para darlas a conocer.

Poco se ha hecho referencia a esos sucesos triviales con los que hacemos la urdimbre de la vida y al sufrimiento que conllevan en circunstancias de pobreza

extrema. Esto permanece parcialmente oculto bajo un alud de opiniones y posiciones políticas.

En Chiapas hay una guerra. Y en esa situación viven, personas, seres humanos. Distintos grupos, que obedecen a intereses propios luchan por el poder. Cada cual da su versión de los hechos. Muchos hablan de lo que no conocen, de lo que no ven. Los motivos económicos, políticos y personales ocupan el primer sitio y las mujeres y los hombres, como tú y como yo, no aparecen en la pantalla; están lejos, muy lejos. Todos reconocen el gran rezago histórico, pero sólo algunos dicen algo de lo que esto significa para los indígenas. Estamos llamados por vocación profesional y por razones humanitarias a informar, a dar a conocer hechos y realidades. Estas líneas son una respuesta a ese llamado.

En la escena chiapaneca aparecen múltiples actores: Gobierno, ejércitos Mexicano y Zapatista, distintas iglesias, guardias blancas, empresarios, partidos políticos, organizaciones campesinas y no gubernamentales, ganaderos, finqueros, etc. Cada uno de los cuales defiende y conceptualiza su posición como la mejor.

El presente trabajo no pretende tocar el aspecto político ni busca abarcar la totalidad de la problemática ni plantear soluciones. Respecto a este último punto quisiera señalar que hay quien propone, como salida al problema, el exterminio. Aún ahora, después de los juicios de Núremberg, de la condena de los sucesos de Aushwitz. Por eso es importante conocer esa realidad desde el punto de vista humano para no olvidar que lo que está en juego en la mesa de las apuestas políticas es la vida y la calidad de vida de hombres y mujeres que tienen el mismo derecho a la vida que cualquier otro. No sea que mañana

tengamos, como el pueblo alemán lo hizo en su momento, que omitir, por vergüenza, una parte de nuestra historia.

Esta tesina tampoco asume la posición de ninguno de los actores; hace suya la defensa del protagonista de este trabajo: el indígena, en su calidad de persona, independientemente de otras posiciones que éste, en el pleno ejercicio de su libertad, pueda llegar a asumir.

Los acontecimientos que narro buscan únicamente señalar una realidad de marginación que nadie puede negar. Las cifras del Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, organismo gubernamental, así lo expresan. Los indígenas, independientemente de su credo religioso o político, viven en la pobreza extrema. Y esta precariedad no sólo es una violación a sus derechos humanos, también es condición o caldo de cultivo para más violaciones a sus derechos.

En los medios de comunicación se escuchan distintas voces que expresan las diferentes posiciones. Todos hablan, menos el indígena. Conocemos los argumentos de cada bando, pero sabemos poco de las palabras del pueblo. Aquí, en este espacio, pretendo hacer una grieta para que fluyan, aunque por las limitaciones propias de esta tesina, no pueda dar pie a que se oigan todas.

Los puntos de vista de los demás sectores los omito porque considero que tienen poco que decir sobre las penas del indígena. Quién mejor que él sabe lo que ha vivido. Aunque en los sucesos que expongo aparecen en escena soldados, ganaderos, miembros de organizaciones no gubernamentales o de partidos políticos, lo hacen sólo desde la perspectiva del que da el testimonio.

Como dije anteriormente, existen muchos actores en el drama de Chiapas, pero uno, el indígena, paga con dolor y muerte el costo. Este, el dolor, es el hilo que une los acontecimientos que narra este relato periodístico. Los testimonios que aparecen en él son de personas comunes que comparten con el lector un gajo de su vida.

En 1995 tuve la oportunidad de viajar a Chiapas en respuesta a la solicitud que se hizo a la población civil, formando parte de un grupo de la Universidad Iberoamericana. Posteriormente, trabajé en los Campamentos Civiles por la Paz que encabeza el Centro de Derechos Humanos "Fray Bartolomé de las Casas".

El no haber desarrollado en esa ocasión una labor periodística, no invalida el retomar ahora la información con que cuento para la elaboración de este trabajo. La División de Educación Continua de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales requiere que la tesina tenga como fundamento una experiencia laboral.

Los campamentos están integrados por personas, en su mayoría, defensoras de la paz y los derechos humanos. Su misión en el lugar es servir de barrera entre los indígenas y el Ejército, ya que cuando éste último entró a las comunidades, la Comisión Nacional de Derechos Humanos recibió de parte de los indígenas denuncias de tortura y violación de derechos.

Viví en una de las comunidades indígenas y visité algunas más. Durante mi estancia en Chiapas vi y compartí con esas personas una realidad de marginación, pobreza, discriminación y violencia. Soy testigo presencial de sus penas y alegrías, en un fragmento de su existencia.

Estamos llamados a comunicar y máxime en este caso en el que los derechos humanos más elementales, si hemos de creer en nuestras leyes y en la *Declaración de Derechos Humanos* de la Organización de Naciones Unidas, están siendo violados. Y aquí más que el verbo creer, que supone la confianza en lo que no vemos, hay que utilizar un verbo que muestre nuestra convicción plena en la existencia de derechos connaturales al ser de la persona. El no denunciar la existencia de esta realidad sería hacerse cómplice de quienes la sostienen. Fernando Benítez considera que parte de la labor periodística es la denuncia de las injusticias.

Los nuevos tiempos nos han imbuido en una especie de letargo del que la realidad indígena habrá de despertarnos para situarnos, como mexicanos, en nuestra realidad verdadera y lo digo así para diferenciarla de la virtual con la que constantemente se nos bombardea. Dice Ortega y Gasset: Es el hombre y su circunstancia. Tal vez muchos de nosotros estemos más familiarizados con la vida cotidiana de la clase media americana, que con la de los indígenas de nuestro país, por la información a la que tenemos acceso.

La oportunidad de vivir en una comunidad indígena, con otra cosmovisión y en condiciones extremas, nos aporta mucho. Personalmente estoy muy agradecida con los indígenas por lo mucho que me dieron. Espero que en mis narraciones logre transmitir un poco de lo que de ellos he recibido.

La vida está hecha de pequeños trozos de cotidianidad y es ahí donde nacen los problemas, donde adquirimos conocimientos, donde exaltamos o aplastamos lo humano, donde aprendemos y vivimos los valores. Es ahí donde está lo verdaderamente importante de la vida, no en lo majestuoso e imponente. La muerte transita sin fanfarrias y la vida se gesta en lo oculto.

Se ha discurrido mucho sobre el tema de Chiapas. En estos relatos, podrá el lector echar una mirada a la vida de una comunidad perdida en medio de la exuberante vegetación, donde se pondrá de manifiesto hasta dónde puede llegar la injusticia.

Generalmente, los medios de comunicación nos ponen en contacto con las opiniones y puntos de vista de personalidades del mundo de la política, el arte, la ciencia, la academia, el deporte. Este trabajo pretende ser un canal para que la voz de algunas personas comunes sea escuchada.

Los lugares donde ocurrieron los acontecimientos son comunidades rurales del estado de Chiapas, cuyo nombre se omite por considerar que la problemática es la misma en gran parte del área rural chiapaneca y por no exponer la integridad de las personas que narran sus experiencias.

La tesina está elaborada en forma de relato periodístico, que según la Doctora María de Lourdes Romero surge como respuesta al cuestionamiento de la objetividad, que el modelo liberal sostiene, ante la evidente selección e interpretación de los hechos por parte del periodista, sujeto también a la orientación editorial de la empresa.

El periodista interpreta la realidad al elegir del universo de acontecimientos lo que considera noticia, al ubicarla en un contexto y volcarla al lenguaje inteligible, al ceñirla a un espacio o tiempo y al comunicar esa parcela de la realidad, según los géneros periodísticos, a fin de que sea comprendida por el público.

Lo narrado se constituye en otra realidad y no puede ser considerado como repetición de lo real, ya que el periodista cuando trabaja la información, cuyo

referente es la realidad, la transforma. Partiendo de esta relación compleja entre lo testimonial y su construcción narrativa, el relato periodístico busca el conocimiento de la verdad sobre un fragmento de la realidad.

De acuerdo con la Maestra E. Sonia Hernández la denuncia es la razón de ser del relato periodístico, con vistas al mejoramiento social. Su creatividad y originalidad dependen del autor.

Según la Doctora María de Lourdes Romero el relato periodístico no es ficción, pues tiene su referente en el mundo factual y parte de un hecho noticioso para reconstruirlo en su contexto, es decir, en su ambiente, con sus circunstancias, interrelacionando el hecho con los elementos de su entorno, del cual forman parte sus antecedentes y consecuencias.

Para la Doctora Romero el relato periodístico es producto de una investigación, donde la información no sólo proviene de la observación directa participante o no participante del reportero, sino también de discursos orales y escritos. Trata temas de interés social y de actualidad. Surge de un hecho noticioso. El asunto es tratado de manera contextualizada y la manera de presentarlo rompe los cánones tradicionales, es creativo. Hace al lector sentirse como si estuviera en el lugar de los hechos. Se le da voz a quienes carecían de esta posibilidad.

José Acosta, en su libro *Periodismo y literatura*, afirma que el relato periodístico lleva a la toma de conciencia, causa una reacción emotiva, invita a la praxis como base del conocimiento y como criterio de verdad, además de informar y conmover.

Aunque no es un género nuevo, según la Maestra E. Sonia Hernández, presenta características de otros géneros periodísticos como la investigación y

la profundidad del reportaje, la narración y descripción de la crónica y el uso de la entrevista como técnica para recabar información. Sus características son:

- * Informa de manera estética, le confiere brillo, calidad narrativa, cadencia y amenidad al texto.
- * Es a la vez informativo, narrativo, descriptivo y argumentativo.
- * Se detectan en él innovaciones estructurales.
- * Tiende a mostrar antes que simplemente decir. Reconstruye escenarios reales.
- * Recrea y transcribe diálogos.
- * Utiliza la técnica de retrato global del personaje y de su entorno.
- * Redacta en forma innovadora con elementos narrativos propios de la literatura.

Podríamos decir que el relato periodístico de un acontecimiento tiene un interés concreto, que busca no sólo informar, sino también cambiar esa realidad social que se está denunciando. El interés de exponer en la tesina estos testimonios desde el punto de vista humano, es permitir al lector aproximarse al problema de Chiapas desde otra perspectiva, hacerle reflexionar, a sabiendas de que algunas conciencias no podrán hacerlo.

En cuanto a la objetividad quisiera mencionar aquí que cuando llegué por primera vez a una comunidad indígena chiapaneca, después de cuatro o cinco

horas de subir una cuesta tan empinada que de regreso era inevitable bajarla corriendo, la primera impresión que tuve fue que la única manera de no ver la realidad de marginación y miseria material que ahí había era no yendo... Pienso que en esos lugares hasta la piedras hablan; hay cosas que no pueden maquillarse... Y esa primera impresión fue tan fuerte que al regresar a México, tras breve tiempo, decidí volver por un año. Al mes estaba de regreso.

Así, con este relato periodístico pretendo informar sobre la realidad social de los indígenas. Javier Ibarrola dice en su libro *El Reportaje*; "Escriba todo lo que vió". Siguiendo su consejo expongo parte de los hechos que observé en el año y fracción que viví ahí, buscando que sean los acontecimientos mismos los que hablen, los que describan; considero que es innecesaria mi crítica o mi juicio porque los trozos de vida que narro dirán más que elocuentes discursos.

Las notas, entrevistas (ver relación después de la bibliografía) y observaciones que realicé durante mi estancia en Chiapas, son la materia prima para la creación de estas páginas. He buscado enriquecer y profundizar mis conocimientos sobre el tema con la lectura de autores que no citaré en la práctica ya que el texto está hecho con una serie de breves relatos vivos. Trazos en el lienzo limpio del papel que dibujan la realidad que viven hombres y mujeres en una apartada región de nuestro país.

Los acontecimientos reales que expongo se presentan en forma narrativo-descriptiva, recurriendo eventualmente al diálogo.

El título del trabajo: *Chiapas: la frontera de lo humano*, hace referencia al punto nodal de la tesina, esto es: la marginación extrema, la violencia, la falta de

respeto a las diferencias y la tortura son, entre otros, atentados contra los indígenas de Chiapas, en su calidad de personas.

Todo hombre es persona al ser singular, inconfundible, insustituible, único. Ser persona no es ser objeto, ni cosa de algo o de alguien, ni instrumento de la necesidad de otro. Nada puede justificar la agresión al ser de la persona, independientemente de sus diferencias. La libertad y dignidad humanas son connaturales al ser del hombre.

La tesina se divide en tres capítulos. El primero evoca las vivencias de un anciano en el tiempo de las haciendas. Me abstuve de ubicarlo en el tiempo por considerar que algunas de las cosas por él planteadas todavía ocurren y otras han dejado de hacerlo en fechas recientes. Es frecuente que las personas que visitan Chiapas tengan la sensación de haber viajado en el tiempo, por lo que ahí observan.

Este primer segmento, servirá de antecedente. Será como remontar un rápido vuelo sobre la historia. Comprenderemos mejor el hoy, mientras más sepamos qué pasó ayer.

Los recuerdos de Vicente nos invitan a reflexionar sobre lo irrenunciable de la dignidad del hombre.

El segundo capítulo presenta un mosaico de experiencias, que como las piezas de un rompecabezas al juntarlas, nos mostrarán con nitidez un cuadro, una imagen que proyectará realidades lejanas, pero no por lejanas menos ciertas. Cuando alguien habla de una madeja, nos parece entenderlo. Más si la devana, percibimos más claramente el significado.

Por mucho que a nosotros nos resulte extraño, pues nuestra realidad es otra, lo que ahí expongo son acontecimientos cotidianos. Cosas que todavía les ocurren a los indígenas hoy, ahora que agoniza el siglo XX.

La sociedad mexicana, a lo largo de los siglos, ha visto como prescindibles a estos grupos humanos, sepultándolos en el olvido. Pero ese olvido y esa marginación no han logrado su propósito. Existen, son; y mientras así sea su voz seguirá escuchándose.

En el tercer capítulo transitaremos por la noche, cuando la luz de la razón se apaga. Cuando el hombre niega su dignidad y la del otro. El capítulo aborda la tortura.

De hecho, aunque no explícitamente, el capítulo se divide en dos. En la primera parte, siguiendo el estilo de las páginas anteriores, se expone el testimonio que recibí de manera directa, por medio de entrevistas, del torturado.

En la segunda se dan a conocer otros casos ocurridos en Chiapas, en el mismo tiempo, pero en otras zonas y a otras etnias. La información la obtuve del Centro de Derechos Humanos "Fray Bartolomé de las Casas" y no de viva voz del afectado, como en la primera parte. Por ello me limito a la presentación de los casos dándole una redacción más escueta, menos descriptiva.

Primero expongo parte de la información de la denuncia que se levantó ante el Centro de Derechos Humanos "Fray Bartolomé de las Casas" y después un fragmento del testimonio de los agredidos. De ahí que la redacción refleje la falta de dominio del español por parte de quien narra su experiencia.

Los testimonios incluidos en el capítulo tercero patentizan los niveles de violencia, subrayan la negrura del negro. Muestran que los casos no son aislados. Y no es grato, por supuesto.

Por último, con el propósito de contextualizar, incluyo un anexo con estadísticas generales del estado de Chiapas. Buscando ser lo más objetiva posible, la información base contenida en este apartado proviene del Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. Concretamente del último Censo de 1990.

Para el manejo de las cifras me basé en textos publicados por instituciones como nuestra máxima casa de estudios. Los datos que se presentan en este apartado se refieren únicamente a la población indígena porque éste es el tema que nos ocupa. Pero como mexicanos debemos estar conscientes de que la pobreza en nuestro país no es exclusiva de este grupo.

La información estadística se incluyó en un anexo aparte para no romper con el estilo y la redacción de los capítulos. También por considerar que la fría presentación de cifras y números no nos permiten un acceso inmediato al aspecto humano que es la materia de estudio del trabajo. Las estadísticas son sólo una abstracción matemática que intenta describir pobremente una realidad.

Sentiré que este trabajo valió la pena, si algo de lo que aquí digo mueve a la reflexión, a una posición crítica frente a la información de los medios masivos, a la defensa de los derechos humanos, al respeto a la vida.

Creo que la humanidad ha extraviado el camino en algunos renglones. Este es uno de ellos. La responsabilidad de encontrar una brecha de salida es de todos. Trabajemos en ello. No podremos ser un gran país, mientras parte de nuestra población viva en la pobreza extrema. La búsqueda de soluciones al problema es un reto.

Los indios dicen que ellos son los hombres de verdad y nosotros somos los hombres de las palabras, porque hacemos, a su gusto, uso excesivo de ellas. Viví con ellos y ahora, en este trabajo, quisiera dejarlos hablar...

CAPITULO 1

UN HOMBRE PEQUEÑO

"Carne de yugo ha nacido..."

(Miguel Hernández)

- Vicente es un hombre delgado, pequeño: de un metro cincuenta de estatura. De rostro brufido por el sol y surcado por la vida. Con ojos pequeños y avispados. El paso del tiempo y el trabajo, empiezan a enjutarlo, a encorvar su espalda hacia adelante. Su andar es suave y pausado.

- En tiempos de lluvia, a pesar de los lodazales, Vicente usa huaraches, nunca botas, no le gustan; siempre viste su calzón y su camisa blanca de algodón y un sombrero de palma que le hace un poco de sombra mientras pasa la mañana trabajando en la milpa bajo los rayos del sol.

- Vicente es uno de los dos *mamal* (viejo en tzeltal) que todavía viven en la comunidad. Varias décadas atrás llegó con otros compañeros a esos parajes a buscar tierra para sus familias, a fundar el pueblo. De natural amable y silencioso. A pesar del cansancio y la fatiga de los años mantiene constante su ritmo de trabajo.

- La comunidad fundada por él y sus compañeros es actualmente pequeña, unas trescientas cincuenta personas más o menos, integrada por varias familias. Un río de escaso caudal la atraviesa, dividiéndola en dos. Como una metáfora geográfica de lo que ahora ocurre: de aquel lado del río viven los priistas, de éste los no priistas. Las familias se encuentran desgarradas. Unos quedaron de un lado y otros del otro; entre ellos, el resentimiento, el desprecio y a veces el odio.

- Temprano, en la mañana, Vicente sale solitario llevando la coa que abre la tierra para la siembra y el machete que corta de tajo. Vuelve por los caminos del crepúsculo y mientras se enfría, se sienta en un rincón oscuro de la cocina y deja que sus pupilas se dilaten escrutando la penumbra.

- Disfruta observando cómo van surgiendo vagamente las siluetas de las mujeres que trabajan y el contorno de los objetos: el molino de maíz, las cubetas, las sillas y la mesa de madera, que años atrás hábilmente hiciera su hijo.

- El permanece observando mucho rato, después se va a bañar, a refrescarse y regresa a que María, su esposa, le sirva un plato de frijoles y tortillas. Con los

últimos rayos del sol, se sienta afuera de su casa en actitud contemplativa a deleitarse con el espectáculo exuberante de la naturaleza.

- Es entonces cuando los campamentistas aprovechan para platicar con él. Susana, una de sus hijas, les ayuda haciendo las veces de traductor. Vicente no habla el "castilla", pero le gusta conversar y recordar tiempos idos.

- Algunas noches, antes de retirarse a dormir, le platica a su familia reunida alrededor de una mesa, a la luz de la llama de una vela que danza en la oscuridad proyectando sombras y figuras en las paredes. Habla entonces de las enseñanzas de sus antiguos padres, de cómo era antes, de sus propias vivencias de infancia y juventud, de lo que pasó cuando cada uno de sus hijos nacieron y eran pequeños. De historias y cuentos de viejo.

- Es de las pocas personas que todavía puede contar en tzeltal hasta el mil, depositario de las experiencias de su raza en las haciendas, recuerda cuando era joven:

... La Casa Grande, con sus corredores al frente y a un lado. Ahí, bajo el alero, muy de tanto en tanto, salía el patrón a tomar *poch* (aguardiente) con la peonada, a jugar a la baraja. Cada día, al terminar el trabajo, ahí íbamos todos a desearle buenas noches. Era el lugar en el que nos vendían los productos que necesitábamos y donde el mayordomo nos asignaba la faena del día siguiente.

La Casa Grande era un misterio. Salvo los que el patrón escogía para trabajar en ella, ninguno de nosotros podía entrar ni sabía qué había adentro. Atrás

estaba la cocina. A un lado, retiradas, las letrinas y un poco más lejos se encontraban nuestras *najetic* (casas) a las que nunca entraban los *kaxlanes* (mestizos).

A los que trabajaban en la Casa Grande, si el patrón era bueno, les daban permiso y podían ir a la escuela. Sólo dos o tres personas aprendían a leer, a escribir y a hacer cuentas, sabían los números. Pero los indios en general, no íbamos a la escuela ni sabíamos contar ni hablar el "castilla". Yo sé contar en *tzeltal* porque mis padres me enseñaron. (La numeración en *tzeltal* es vigesimal, no decimal como la nuestra).

Así que nosotros no teníamos escuela y de tanto no tener ni Dios teníamos. En aquellos días los sacerdotes sólo iban a las casas de los finqueros de tanto en tanto. Las misas, a las que a veces nos invitaban, las rezaban en latín y nosotros ni "el castilla" entendíamos. Nunca nadie nos hablaba de Dios ni nos enseñaba cómo rezar.

Cuando había casorio no íbamos a la iglesia, era así nomás. Claro que seguíamos nuestra costumbre de hacer trato con la familia de la novia. Había que ir varias veces, llevar su trago, su pan. Hasta que se fijaba la fecha, pero nadie se casó con padrecito. Para el bautizo de las criaturas el patrón nos daba permiso de salir de la hacienda para ir a la iglesia del pueblo a que el sacerdote les echara agua.

Después fue diferente, cuando vinimos a hacer esta comunidad nos empezaron a enseñar los padrecitos y ahora ya sabemos de las cosas de *Tatic* (Padre o Señor, también referido a algún alto mandatario de la Iglesia o comunidad; implica respeto y amor) Dios.

Hace poco, cuando entraron los ejércitos, los del otro lado del río nos corrieron de la iglesia que construimos todos juntos. Decían que nosotros no teníamos derecho a entrar ni a rezar ni a nada porque somos malos. Claro que eso no nos importó porque sabíamos que los aconsejaron los hombres que vinieron.

Por esa razón ahora tenemos misa y rosario en una casa de este lado. Ahí le arreglamos entre todos su altar a *Tatic Dios*, le pusimos sus velas y le quemamos su copal, lo adornamos con papel picado de colores. En asamblea nombramos a los encargados y así podemos seguir con nuestra costumbre de ahora.

- Vicente se queda callado, pensativo, como hurgando en el baúl de sus recuerdos o tal vez perdido en las imágenes que evoca en su memoria. Luego, como quien despierta de un sueño continúa:

... En esos tiempos de las haciendas el patrón le daba a cada familia un pedacito de sus tierras para que lo cultivaran. De las que no le servían. También era su obligación darle una casa a cada quien. Cuando un muchacho se casaba, le daba casa para que fuera a vivir ahí con su mujer. Claro que la construíamos nosotros.

Algunos trabajaban en la Casa Grande como mozos de temporada, por uno o dos años. Durante ese tiempo como compraban cosas en la tienda del patrón, empezaban a deberle. Si al terminar el tiempo estipulado, el mozo no había acabado de pagar se convertía en baldío o acasillado.

Se llamaba baldío porque de balde, regalado hacía su trabajo. Había que trabajar quince días por nada y quince días por paga, pero sólo 25 centavos diarios. Cuando te pagaban no recibías dinero, te daban fichas, unas rueditas sucias como de lata.

Desde las cuatro o cinco de la mañana hasta las cinco de la tarde había que trabajar a cambio de nada, durante quince días. Y al terminar nadie se podía ir a descansar así nomás, no. A esas horas teníamos que ir a la Casa Grande a esperar a que salieran a decirnos a cada uno la tarea del día siguiente. En época de frío, ahí podíamos estar castañeteando los dientes hasta las ocho de la noche con la carne de gallina, hasta que el mayordomo quería.

Como pertenecíamos al patrón, si él decía que te daba descanso, ibas a tener descanso. Pero si decía que no ibas a descansar, pues a trabajar sin descanso. Lo que él mandara era lo único que se podía hacer. Era como si fuera el papá de nosotros.

Si no tenías deuda trabajabas, por veinticinco centavos diarios, como mozo por mes: veinticinco días del mes para el patrón y, sin paga, unos cinco o seis días para ti. Trabajábamos la tierra que nos daba sembrando maíz, pero la cultivábamos de puras sobras de tiempo. Sólo el domingo teníamos manera de trabajarla y eso después de haber cumplido con las tareas del patrón. Así la tierra daba poco, nunca alcanzaba el maíz para la familia y había que ir a la Casa Grande a pedir para completar.

El que no tenía tiempo para trabajar una milpa, con más razón. Pero aún al que la trabajaba aunque fuera sólo por ratitos, nunca le alcanzaba. Todos íbamos a la tienda, nadie faltaba. El patrón contento: '...agarra' y le daba su zurrón de

piel de becerro costurada con su medida de maíz, panela, sal, el pedazo de remiendo, todo. Sabía que así crecía la deuda. 'Tengan, tengan...' decía el patrón y a apuntar en la cuenta, por eso nadie tenía ganancia, sólo trabajo.

¡Cuándo se iba a terminar de pagar! Se te acababa el maicito, ahí vas por tu zurrón, que pagas con una semana de trabajo. Si se hace la cuenta partiendo de que se recibe paga sólo dos semanas y se trabaja de balde otras dos, ganando tres pesos al mes, no hay manera. Sólo con deuda se puede vivir.

A las tierras y animales del hacendado había que dedicarles seis días cada semana. Para empezar la jornada, la levantada era temprano, cuando todavía estaba oscuro y las estrellas titilaban en el cielo; terminábamos al caer la noche. Todos teníamos una tarea que realizar: las mujeres y los niños en la casa, en la pizca del café, en la recolección de frutos. Los hombres en las faenas del campo.

En su casa la mujer tenía que levantarse al segundo canto del gallo (el primero es a medianoche) porque debía moler su maicito en el metate. Desde esas horas el *tras tras* de la piedra contra la piedra rompía el gran silencio de la noche. Antes no había molino como ahora, por eso el gran ruido del metate.

Cuando termina de moler, a remoler. Bonita sale la masa en la orilla del metate cuando está remolido. Luego a hacer las bolitas. Después a tortear. No se va a sentar, hincada siempre. Ha de dejar todo preparado para llevarle a su marido, a donde esté trabajando a media mañana, el pozol (maíz cocido con cal y agua, martajado y amasado en forma de bola. Se toma disuelto en agua. Sirve para quitar el hambre y la sed. Constituye generalmente para los indígenas la comida del mediodía; en la mañana y al atardecer comen frijoles y tortillas).

Las mujeres tenían su tarea para el patrón, pero de gratis. Por turnos van a la Casa Grande a cocer y lavar el maíz, a molerlo en metate. Todo para la patrona: hacer tortillas, pero no grandes, chiquitas. También las hacían para el mayordomo. Descabezan maíz, bien pelados deben quedar los maicitos, sólo la camita. Lo cuecen. Muelen la sal. Hasta la noche descansan.

Si la patrona dice: '...ahí va su bola de ropa', la mujer la carga en su cabeza y baja al río a tallar sobre la piedra hasta que quede blanquita. Cada semana ha de entregar a la señora 200 ó 300 tostadas. Muele yuca (raíz comestible). Cuando hay corte de café lo pizca, lo escoge y lava en el río y lo despulpa en el metate.

Si la esposa está endeudada, entonces ella sola hará su tarea y el hombre también. Si no, va a ayudar a su esposo. Mientras él abre una zanja, ella va a recoger la tierra. Su paga es de \$1.50 a la semana. Cuando la mujer tiene un hijo chiquito y está obligada a ir a ayudar en la milpa, lo va a dejar acostado ahí bajo las plantas grandes del maíz, en buena sombra, cuidando siempre que no haya hormigas. Las plantas lo cuidan.

Entre las tareas femeninas está el limpiar la caña, cargar estiércol de ganado para llevarlo al cañaveral como abono, esparcirlo entre 25 surcos. Si va a cargar piedra entonces dos varas cuadradas de piedra es la faena. Moler medio almud de tortilla vieja para alimento de las vacas. Moler la fruta para hacer jugo, ponerlo en cántaros y cargarlos en la cabeza para llevarlos hasta la Casa Grande.

Si el ganado necesitaba sal, el patio y los corredores de la Casa Grande se llenaban de mujeres con sus metates para molerla. Todo el día el gran ruido y luego todas a cargar para llevarla a los animales. Muchos tenía el patrón, pero nunca los prestaba. Sólo el caballo cuando quería que lo amansaras. Ya mansito, te lo quitaba.

Al patrón le daba mucho gusto cuando nacían nuestros hijos. Si era hombre con más ganas daba el dinero para festejarlo; claro que eso lo anotaba en su libreta como deuda. Pero si era niña, no le gustaba porque decía que trabajaba menos.

El trabajo gratuito de los niños más chiquitos (8 años) era de cuidador. Debían estar vigilantes para ahuyentar a los zanates y cotorros que bajan a comer el maíz tierno de la milpa. El padre tenía que hacerle la resortera y el refugio desde donde iba a cuidar.

Cuando ya estaban más grandes, como a los 10 años, pasaban a ser porteros. Encargados de cuidar a los marranos, acarrear agua del río a la hacienda, desgranar maíz para las gallinas y los marranos, cortar tomate en el huerto, barrer y limpiar la Casa Grande.

Cuando el patrón iba a comer, al portero le pedía las cosas que quería sin hablar, solo mirando y el niño se las tenía que dar; también lo mandaba a cortar la fruta que él quería, pero sólo esa y cuidado se equivocara.

A los 17 años el *kerem* (muchacho) se hace burrero y su tarea es cargar zacate, barrer la caballeriza, recoger el estiércol, ponerlo en la carretilla e ir a tirarlo al huerto. La palma de la mano se ponía amarilla por el excremento del

caballo, aunque se lavara con jabón. Lo peor era que así tenías que comer. Debía barrer el corral del burro, darle su maíz y su agua, llevarlo a beber y a bañarse al río.

Más grande, como a los 20 años va a ir de viaje con las mulas cargadas, para vender la mercancía en la ciudad. El va a llevar un cajón lleno de cosas: plátano, huevo, gallina, queso, pero siempre bien cargado, como animalito. Antes de salir al camino, a donde tendrá que arriar las mulas, el patrón levanta su carga para confirmar que sea igual en peso a la que llevan las bestias a un lado. Si no, le pone otro racimo de plátanos o lo que sea para igualar el peso.

En ocasiones al llegar a la casa del patrón en la ciudad lo mandaban a recoger la porquería de la fosa y ni modo a cargarla en la carreta; gran problema si escurria o si salpicaba. Pero qué iba uno a hacer si estaba bajo dominio, con el mando de un patrón. Pues nada, trabajar, cargar y llevarla hasta las orillas, afuera de la ciudad donde la gente tira muchas cosas.

Para los hombres cualquier trabajo es su trabajo, todo había que hacer: acarrear caña, doblar maíz, cortar leña, cargar frijol, cosechar, sembrar, limpiar. Había que hacerle buenas zanjas a las milpas, bien rozadas sus orillas. Teníamos que llevar leña y ocote.

La tarea de cortar leña será como de dos metros de ancho, alto como un horcón, buscarás cortar la madera delgada, acomodando los palos para que cuando los amarres con un lacito queden bien apretados. Luego en cucillias te pones el mecapal (cinta tejida de mecate, ancha en la parte central que se coloca en la frente y con las puntas se amarra la carga, de manera que el peso caiga sobre la cabeza y la espalda) y con un solo esfuerzo la levantas.

La siembra del maíz no era por tarea y arar la tierra tampoco. Sólo repasarás tu arado y al llegar al extremo del surco media vuelta y a volver a empezar o si es siembra, ir con tu palito haciendo el hoyo poniendo los maicitos, cobijándolos con la tierra hasta llegar al fin y otra vez de vuelta. No te podías sentar ni un ratito.

En la limpia de la caña la tarea consistía en hacer cuatro surcos, cada uno de veinticinco metros de largo; pero si el mayordomo decía que no se había deshierbado bien, era preciso limpiar otro surco. En la milpa, había que limpiar en total doce surcos.

Cuando te mandaban a quitarle la costra a una viga, lisa, lisa tenías que dejarla; si le quedaba un poco de panza a la madera no la recibían ni apuntaban el día de trabajo, quedaba perdido. Aunque hubieras trabajado mucho, no importaba.

Cuando llegaba el tiempo del trapiche, si eso te daban de tarea, tenías que amontonar primero la caña cerca del trapiche, meterla, sacar el bagazo, cargarlo y ponerlo en su lugar. Así hasta llenar la canoa (depósito de madera). No me acuerdo cuántas. Luego al perol para que hierva hasta hacerse panela (piloncillo). Después a enfriarla moviéndola, moviéndola. Ya fría a ponerla en los moldes.

A fuerza tenías que sacar cinco tanques de cinco marquetas de panela. A veces había que estar hasta las 8 de la noche para hervir las marquetas, buscando leña dentro del ocotal para la lumbre del horno. A escondidas podías probar un poquito de melado (miel de la caña), pero sólo un poquito y que no te

fuera a descubrir el mayordomo. Ahí trabajabas un día con su noche de corrido. La molienda ocupaba seis o siete meses.

La panela la vendía el dueño a las fábricas de aguardiente cuando no tenía manera de destilarla en la hacienda. Veinticinco mulas la sacaban de la finca. Aguantaras o no, tenías que cargar cada mula con dos marquetas a cada lado. Los machos, por ser bestias más fuertes, cargaban otra en medio.

Mientras uno de nosotros inmovilizaba al animal, otros dos, uno a cada lado le cargaban las marquetas y las sujetaban. Era siempre mucho trabajo. Pero que iba uno a hacer si el patrón era como nuestro padre.

En la finca comprábamos la sal, las madejas de hilo, el poch, lo que íbamos necesitando, pero siempre debíamos tanto que nunca lográbamos pagar. El patrón llevaba bien la cuenta. En su libreta apuntaba lo que trabajábamos cada día, luego descontaba lo que habíamos ido a pedir en la tienda de raya y lo que hubiéramos roto o echado a perder.

Pero negro estaba siempre tu papel donde el patrón anotaba tu cuenta. Cuando llenabas una hoja, ahí comenzaba otra, pero siempre negra, nunca terminabas de pagar. Si se moría el dueño de un papel y tenía hijo, entraba de mozo a trabajar y se hacía suya la deuda. Si ya estaba trabajando se juntaba su papel con el del muerto y a pagar.

- Un campamentista interrumpe a Vicente para contar lo que escuchó a un sacerdote que vive y trabaja por estos lugares desde hace treinta o cuarenta años. El padre relató lo siguiente:

"Cuando llegué a estas tierras era costumbre que los finqueros nos invitaran a celebrar misa en sus capillas o en algún otro lugar de sus ranchos. En una de estas ocasiones después de la ceremonia religiosa, me ofrecieron una taza de café que acepté gustoso y departí con la familia anfitriona.

"Al despedirme y disponerme a salir rumbo a mi parroquia, el dueño de la casa ordenó que un indígena que trabajaba para él me acompañara en el trayecto de regreso. Ya en el camino, el hombre me dijo:

" Ahora sí que nos dió gusto a todos que viniera porque pudimos prepararnos bien para recibirlo.

" Entonces las veces anteriores ¿no les dió gusto?

" Claro que sí padrecito, pero esta vez, más porque usted le avisó al dueño de la finca con anticipación y pudimos recibirlo como se merece.

" ¿Y qué hicieron?

" El patrón nos dijo que usted iba a venir en cuatro meses y que si no le invitábamos algo no iba a estar bien. Así que durante todo ese tiempo, quedamos de acuerdo con él que sólo nos iba a dar la mitad de la raya a todos para juntar unos centavos que se emplearían en recibirlo como Dios manda. Por eso ahora nos da más gusto, porque pudimos ofrecerle algo.

"Entonces comprendí con horror, comentó el sacerdote, que me había tomado el café más caro de mi vida y resolví que, aunque me invitaran, nunca más iría a celebrar un acto religioso a las fincas bajo ningún pretexto y lo cumplí.

"A partir de entonces mi pastoral incluyó únicamente las casas de los indígenas para quienes ese hecho insólito en las costumbres de aquel tiempo, marcó un rompimiento con las actitudes de segregación de que eran objeto. Y para mí significó el no hacerme cómplice ni dejarme utilizar para tales fines."

...Todavía hasta hace poco tiempo, continuó narrando Vicente, en muchas fincas el patrón pagaba el jornal a la peonada con aguardiente, no con dinero. Así, muchos hermanos se han envenenado. El alcohol nos ha causado mucho daño. Cuando el hombre está "bolo" (borracho) le pega a la mujer y a los hijos, avienta cosas, se *ilin* (enoja), se vuelve malo (para los indígenas la cólera es afrentosa). Gasta el dinero en vino en lugar de comprar lo que necesita su familia. Se hace irresponsable en su trabajo. Por eso ahora está prohibido.

- Los campamentistas que escuchan atentos a Vicente recuerdan una noche que pasaron en el atrio de la Iglesia de Ocosingo, que daba albergue bajo el alero de sus corredores a indígenas y a todo el que precisara de cobijo por las noches en su trayecto de las comunidades a las ciudades o a la inversa.

- Ahí, a la luz de la luna, vieron en una ocasión la sombra reflejada en la pared de un indígena con su familia, muy humilde por cierto, compuesta por el matrimonio y siete hijos. El hombre sacó a hurtadillas, porque está prohibido, una botella para darle tres largos tragos, se la pasó a la esposa que después de beber se la dió a la hija mayor, ésta al siguiente y así hasta llegar al penúltimo un menor de unos tres o cuatro años, porque el último era de pecho todavía y luego de regreso hasta acabar su contenido.

- Hacía mucho frío, el viento sacudía con violencia las hojas de los árboles. Acostados en el suelo helado, sin nada con qué taparse se daban calor unos a otros con la cercanía de sus cuerpos y con la botella.

...En aquellos tiempos nunca teníamos dinero, dice Vicente mientras acaricia al Meco, el perro que siempre lo acompaña, por eso nuestros padres que sabían muchas cosas nos enseñaban a hacer todo. En la noche, mientras los más pequeños dormían, el padre y los hijos mayores, de acuerdo a las necesidades, hacían lazos, huaraches, costales, hamacas, velas. Teníamos que ir al monte a traer las yerbas, cortarlas, prepararlas y tejerlas.

A algunas matas había que darles con el machete cuando la luna estaba llena, cuando tienen la plenitud de su fuerza, pues si se cortan en una noche sin luna, no sirven porque las fibras se rompen fácilmente. Para cada cosa era preciso hacer un tejido diferente y no es la misma trama ni igual el nudo para una hamaca que para una red. También curtíamos la piel de los animales que cazábamos para hacer correas.

Para cazar al armadillo, por ejemplo, hay que asfixiarlo con humo, acosarlo con tizones ardiendo. Para matar al venado es preciso hallar y seguir su rastro huidizo hasta dar con él, silenciosamente porque es un animal muy nervioso.

La carne de esos animales es sabrosa, así como la del tlacuache, la víbora, el chango. También íbamos río arriba a pepenar puy (caracol) entre las piedras, a pescar o a cazar *pech* (pato) como hasta la fecha.

La madre y las hijas hacían las *ochom* (ollas); había que ir desde a buscar el barro, no cualquiera es bueno. También tenían que hacer el hilado de la ropa que usábamos. En la creación de una camisa se empleaban tres madejas de

hilo. Cuando la querían de colores se pintaba con la corteza de un árbol llamado Nagk o con yerbas que teníamos que recoger en el monte.

Recuerdo también que cuando el patrón estaba de buenas te daba tus tres o cuatro platanitos y te decía: 'andáte a comerlos'. Pero si no, aunque quedaran sobras de su comida se las daba al perro, en vez de dárselas a sus hombres. Nada, ni un pedacito de chayote te regalaba, '¡morite!', decía. Si caías enfermo y te daba medicina, bueno. Pero a veces no quería y ni modo, tú solito tenías que curarte con hierbitas, pero no le ordenaba al curandero que fuera a verte.

Si el dueño de la finca pensaba que uno de los indios había hecho algo incorrecto, para ejemplo de los demás, le decía a uno de los capataces que le diera de azotes en un pilar que había frente a la Casa Grande, ahí lo amarraban bien. El castigo duraba horas. Se hacía ante la mirada de todos. Al caer el sol su familia lo recogía y lo llevaba a su casa para curar su espalda escamecida. Muchos no lograban sobrevivir a la experiencia.

El fuste con el que propinaban los golpes estaba hecho de varias tiras de cuero, con balines de metal en la punta y en el medio para ocasionar más daño.

- Vicente, con la mirada perdida en la lejanía, como recorriendo las veredas y caminos que serpentean para trasponer los cerros, como repasando los recuerdos, las imágenes del pasado que su memoria evoca, sigue contando:

Otro castigo era colgar al hombre amarrado de pies y manos, a una barreta de hierro que se suspendía de un árbol, para luego dejarlo caer bruscamente con todo y fierro desde una altura aproximada de tres metros. Quedaban privados cuando les iba bien. Si morían, morían.

Si el patrón o la patrona se enojaban con alguno, podían encerrarlo en la cárcel; darle su regalito: puros chicotazos; también su docenita de golpes con dos varas de membrillo o si no, cachetadas, patadas, lo que quisieran: amenazarlo de muerte, desenfundar la pistola y hacer como que apuntaban. Lo que querían.

Pero eso sí, después de que te chicoteaba el patrón te daba tu cacho (cuerno de bobino empleado como recipiente o medida) de trago para que se calmara tu corazón. El cacho de la vaca lo cortaban bien, a la mitad y luego le hacían su redondel para poder tomar en él.

Cuando alguno de nosotros iba a casarse - menciona Vicente - tenía que hacerlo con el consentimiento del patrón. Si él no daba el permiso no se podían casar. El daba todo, pero lo apuntaba en el papel. Luego se celebraba la boda y hacíamos fiesta grande, con marimbas, baile y el silbido de coheteros y el tronar de los cohetes. Yo supe que en algunas fincas, en la nuestra no, pero en otras sí, la primera noche de la novia era para el finquero, no para el novio (esto se conoce como el derecho de pernada).

A los patrones de aquellas haciendas no les importaba que su esposa o sus hijos se enteraran de sus amoríos. A algunos les gustaban las *chin ach'ixetic* (jovencitas) de once o doce años, también las mujeres. Tenían queridas de fijo o de una sola vez. A veces reconocían a los hijos y les daban escuela, los ponían a servir en sus casas, pero nada más. En muchas ocasiones ni siquiera los miraban como suyos. A sus queridas les regalaban alguna cosa mientras les interesaban, después ¡ai'nomás! las botaban y se olvidaban de ellas. Luego ya nadie las quería, no valían nada.

Cuando el patrón hablaba todos tenían que escuchar únicamente, sigue narrando Vicente con un gesto en su rostro que habla de que un río de acontecimientos se desató en su mente. No se podía decir nada, si alguien contestaba, aunque lo hiciera con buenas maneras, le pegaban con el chicote por respondón. Siempre andaba regañando: 'hazlo bien, acomódalo, no hagas las cosas mal y desarregladas'. Todo era oír, callar y trabajar.

- Los campamentistas entienden por qué cuando le preguntaban a alguien en la comunidad , especialmente a las mujeres, algo que implicara una elección, por trivial que fuera, la respuesta era:

-No sé, tú sabes...

Todavía en los '40 o '50, no me acuerdo muy bien -agrega Vicente- para nosotros estaba prohibido en San Cristóbal de las Casas usar las aceras, si lo hacíamos los *kaxlanes* nos bajaban a fuetazos. Tampoco podíamos montar a caballo o incluso circular por las calles después de las siete de la noche, bajo pena de multa o prisión por parte de las autoridades y de regaños y golpes de la gente.

Cuando el dueño de la hacienda, su esposa o sus hijos enfermaban no se podía hacer ruido porque se molestaban y si había que llevar algo a su cuarto apenas se tenía que abrir la puerta para que no les entrara el aire; de lo contrario golpes y regaños.

Ah, cuando el patrón y la patrona decidían irse de viaje, un montón de nosotros teníamos que acompañarlos. Con madera hacíamos una silla para cada

persona que iba a ser transportada, con dos palos largos para que entre cuatro hombres pudieran cargarla. La silla debía ser cómoda y tener un toldo para cubrirlos del sol. El señor y la señora se sentaban y nosotros los llevábamos en andas, en recorridos cortos o en ocasiones hasta por tres o cuatro días. Entonces había menos caminos que ahora.

Al viaje teníamos que ir muchos, hombres, mujeres e incluso niñas. Ahí donde el patrón quería comer había que detenerse. Hacer lumbre con leña. Echar tortilla. Guisar arroz, carne, sopa, huevos, café y lo que ellos querían. Las chamaquitas debían llevar, entretener y cuidar a los hijos de la señora en el camino. Nosotros cargábamos agua, comida, cobijas, ollas, todo con nuestros mecapales.

No servía que te cansaras y quisieras irte a otra hacienda. Todos los patronos estaban de acuerdo, así que el que dejabas le decía al otro: 'Dale trabajos duros, es muy maldito, es respondón' y le pasaba tu deuda. En ningún lado eras libre.

Si te ibas a decir: me voy. 'Está bien', decía. Pero no iba a revisar tu cuenta, la aumentaba y hacía rápido un papel y te mandaba regresar al otro día. Entonces te daba un papel para que tú mismo lo llevaras al lugar a donde ibas. Ahí iba tu deuda aumentada o el recado de que no te dieran trabajo.

Si te querías ir, tenías que irte al monte, lejos, lejos. A lugares despoblados. Solito. Retirado de todo y de todos. Por eso no encontrábamos a dónde ir. Por eso nos quedábamos siempre con el mismo patrón, aunque el trabajo fuera muy duro. No había salida.

Cuando dejamos la Casa Grande y llegamos, cuando empezamos este pueblo, aquí no había nadie, sólo nosotros. Tuvimos que chapear pedazos de selva para hacer nuestras milpas y sembrarlas. Construimos nuestras casas. Estábamos contentos. Pero con los años las fincas que antes estaban lejos fueron ganando terreno y luego ya estaban cerca.

Al principio nos alcanzaba la tierra para todos. Pero cuando nuestros hijos fueron creciendo y se casaron y tuvieron hijos, ya no fue suficiente. Ha sido necesario sembrar en laderas inclinadas, pendientes escarpadas, en extensiones breves e irregulares y muy pedregosas.

Sembramos en el día propicio pues si no lo hacemos así, el resultado de la cosecha es pobre. Pasa como en el '95, cuando entró el ejército y los hombres tuvimos que irnos a los cerros; no pudimos sembrar cuando debíamos. Lo hicimos después, pero cuando las mazorcas apenas estaban saliendo, llegó el tiempo del viento y las tiró todas. Fue mucho lo que se perdió.

- Los campamentistas oyen y asienten en silencio recordando que ellos mismos han podido comprobar que durante largos meses, en ocasiones hasta tres, el único alimento con que contaban las personas de la comunidad era el maíz, porque el frijol se les había terminado. Las familias pasaban días enteros tomando solamente pozol, por ser más rendidor y llenador que las tortillas.

Más adentro del monte -describe Vicente sus problemas actuales- hemos intentado trabajar, pero los animales también tienen que comer y se lo acaban todo. Les gustan las matas cuando todavía están tiernas y por esto nosotros no logramos cosechar ningún fruto en esos lugares. Como esas milpas las

hacemos lejos, no podemos vigilarlas como debemos. Si ponemos trampas el animal cae una vez y aprende, después ya no cae.

Luego de una pausa, Vicente retoma el hilo y sigue contando: algunos de los dueños, que ahora han abandonado sus tierras, o de los que con ellos trabajaban no eran buenos. Por acá vivía una mujer que era muy brava. Tenía un rancho y nosotros nos veíamos forzados a ir a trabajar ahí, antes del '94. Pagaba un peso diario, pero había que llegar bien temprano. Nos formábamos en fila y el capataz iba diciendo quién se quedaba a trabajar y quién no.

Con sol o con lluvia había que hacer lo mandado sin detenerse ni a tomar pozol. Cuando la tarde se iba, otra vez a hacer cola para que nos pagaran y si esta mujer o el capataz decían que uno había estado de *ch'ajil* (haragán), aunque hubiera trabajado, no le pagaban nada; lo mandaban a su casa con las manos vacías. Por eso nunca queríamos ir, pero necesitábamos dinero para comprar botas o sal o medicinas.

Cuando no nos daba nuestra paga y regresábamos con nuestras familias, comprendíamos que íbamos a volver al día siguiente aunque no quisiéramos, teníamos que hacerlo.

Ahora -afirma Vicente con un dejo de nostalgia- ya no es como hace muchos años que nosotros sabíamos cómo hacer todo, ahora muchos ya no recuerdan cómo hacer huaraches, ropa, costales. A mí también se me va olvidando lo que nuestros padres nos enseñaron. Todo ha cambiado mucho.

Una vez se nos ocurrió criar *chitam* (puercos) para luego irlos a vender al mercado de Ocosingo. Con muchos sacrificios conseguimos una parejita y

todos los días les dábamos su comida. Crecieron y la marrana tuvo cría. Los animalitos se hicieron grandes y fuertes, así que fuimos a vender uno, necesitábamos el dinero.

Ya en el mercado llegó un *kaxlan* a preguntar cuánto queríamos por el cerdo. Le mencioné cuánto, pero a él se le hizo caro y me ofreció la mitad. Así empezamos. Yo pidiendo más, él ofreciendo menos. Total que llegamos a un acuerdo: ni él ni yo y se hizo el trato, nos dimos la palabra. Como tenía que hacer otras compras quedó de regresar después a llevar el animal.

Cuando volvió dijo que era mi *lot* (mentira), que quería venderle un cerdo enfermo, que no servía, que no podía pagarlo como si fuera sano, que me daba menos de la mitad de lo que le había pedido inicialmente, que ya no podía darlo a otro porque habíamos hecho un trato. Como yo di mi palabra, no me quedó más remedio que aceptar aunque el dinero que recibí a cambio era muy poco.

Cuando quisimos vender los otros animales, pasó lo mismo. Por eso mejor pensamos que si teníamos animales eran para comer. No vale la pena tratar de venderlos porque la paga que nos dan no vale el trabajo y la comida que se necesita para criarlos.

Nosotros sabemos que *Tatic Dios* hizo todo, que es el dueño de todo, pero los de las fincas no piensan así. Antes del '94 si un *kaxlan* se encontraba a alguien, así fueran niños, tomando agua del río que llegaba a su tierra, aunque no estuvieran dentro de sus dominios, los regañaban con gritos y hasta los golpeaban con el fuste del caballo o con una vara por ensuciar el agua que era suya, por tomarla sin permiso.

Pero qué esperanzas que alguno de nosotros, por andar menos, cortara camino por tierras del finquero, entonces sí que se sufría un castigo. Había quien hasta tiraba bala al intruso sin preguntar razones. Pero ellos sí andaban por donde querían y hasta movían sus cercas para agrandar sus terrenos, aunque achicaran la tierra de otro.

Las escuelas, antes del '94, también eran problema. En la mayoría de las comunidades había un solo maestro para todos los niños. Si era indígena le pagábamos entre todos los de la comunidad, porque él no podía enseñar a los niños y trabajar su milpa, pero nos parecía mejor porque les enseñaba tzeltal y "castilla".

Cuando no era indígena, que las autoridades lo mandaban a dar clases por acá, por mucho que nosotros les regaláramos no les gustaba y pronto se iban porque casi nunca recibían su paga y no se hallaban a vivir con tanto todo, garrepatas y mosquitos. A algunos, como ese que da clases del otro lado del río, mejor les corrimos porque desde temprano están con la botella y eso no es bueno que lo aprendan los niños. Además sólo les enseñan "el castilla".

Muchos no entendían que nosotros tenemos que enseñarle a los niños a trabajar la milpa. Si está chiquito el muchacho no, pero conforme va creciendo tiene que ir aprendiendo. Si faltaban un día a la escuela los vareaban.

Cuando entró el Ejército en '95 perdimos todos nuestros animalitos: gallinas, puercos, caballos, todo menos un marrano que era semental. Lo teníamos escondido. Cuando los del otro lado del río, los del PRI, nos lo pidieron, se los

prestamos a pesar de saber que ellos estaban de acuerdo con los soldados para hacernos daño a nosotros.

Les prestamos al *chilam* porque sabemos que todo es de *Tatic Dios* y que todos somos hermanos. Cómo vamos a negarle a un hermano algo que nuestro Padre nos presta. Pero los del otro lado del río ya están empezando a pensar diferente de nosotros. Los están cambiando.

En esta comunidad antes todos nos veíamos bien, los de este lado tenemos familiares de aquel. Cuando había fiesta nos juntábamos todos a bailar, a comer tamales; trabajábamos juntos, chapeábamos las áreas comunes. Ahora ya no, ellos por su lado y nosotros por el nuestro.

- Vicente, Susana y los campamentistas han conversado un largo rato. Desde las piedras y troncos en que se encuentran sentados se alcanzan a ver, ladera abajo, muchas de las casas alumbradas por el fuego de la leña. El rumor del agua cantarina del río llena el silencio, interrumpido sólo por el alateo y el sibido de un murciélago que pasa.

- Vicente toma con las yemas del índice y el pulgar el final de un cigarrillo que se acaba para darle una última bocanada. Después lo deja caer en la tierra y lo apaga con su huarache. Con una sonrisa que los demás adivinan porque la oscuridad vela su rostro, dice:

"*Güenas noches... pajel to'*" (hasta mañana).

- Los campamentistas responden mientras observan su figura que se pierde en la oscuridad de la noche y piensan: Vicente es un hombre delgado, pequeño,

de un metro cincuenta de estatura, pero a la luz del relato, se yergue entre el claroscuro de lo dicho y lo callado haciendo que ellos perciban su verdadera estatura.

CAPITULO 2

MAS ALLA DEL LIMITE

"...Cuando la justicia vale menos que el orín de los perros"

(León Felipe)

Pancho estaba ahí, sentado en cuclillas, con sus deditos jugaba haciendo caminos en el piso de tierra. Desde la penumbra veía la agitación a su alrededor. Habían pasado muchas horas desde que Marta, la comadrona, llegó para ayudar a Guadalupe, su madre. El la vio pujar una y otra vez, sudar, gritar y nada... ahora Tomás, su padre, escuchaba atento que Marta le decía que ya no podía hacer nada por su mujer.

- Necesita un doctor. El niño está atravesado. Hay que avisar. Va a tener que venir la avioneta; así no podemos llevarla.

Guadalupe, sentada en cuclillas sobre unas hojas de plátano, para impedir que la criatura tocara el piso de tierra al nacer, estaba empapada en sudor,

agotada. Con fuerza, la sostenían de las axilas su marido y su padre. Ella sintió que, de no ser por eso, se habría desplomado. No podía más.

Pancho sintió el peligro. La tristeza lo inundó todo: la cama de madera con su cobija de cuadros blancos, el ocote que alumbraba a Marta en su trabajo, el machete que colgaba de un clavo, los rugosos troncos que formaban la pared de la casa, el techo de hoja de palma, todo. Su corazón de niño veía los ojos cansados de su madre, su abultado vientre y su mano, pequeña y gorda, áspera por el trabajo. Corrió y se aferró a ella, pero sólo pudo decirle: *Nan... nan (mamá)*.

Tomás cogió su sombrero de palma y se puso la botas de hule, era imposible caminar en esos lodazales sin ellas. Atravesó el solar de su casa y luego el de la casa paterna; los perros famélicos le ladraban cuando lo veían aproximarse, pero al oírlo lo reconocían y se iban silenciosos a acurrucar nuevamente.

-Y ahora, ¿qué va a pasar? Indio sin mujer no sirve, pensaba Tomás mientras sentía cómo el lodo parecía tragarse las botas y salpicarle la parte baja del pantalón. Al llegar frente a la escuela tomó calle abajo hasta encontrarse con la cerca de madera de la casa de Lola. El "chucho" empezó a ladrar. El hermano de Lola despertó y salió sigilosamente, con mucha precaución. Al ver a Tomás se relajó, para volver a tensarse inmediatamente, algo malo estaba pasando.

Eran casi las tres de la mañana cuando decidieron despertar a los campamentistas y exponer el problema, así que juntos fueron a tocarles la puerta. En el Campamento Civil por la Paz estaban en ese momento un alemán, un argentino, un americano, dos españoles y una mexicana. Tuvieron que golpear muchas veces a la puerta de la escuela, un galerón que por las

noches servía de habitación a los campamentistas que dormían sobre la larga mesa de madera o en hamacas y hasta hubo veces en que lo hacían sobre las delgadas bancas en que se sentaban los niños por las mañanas. Por fin después de mucho, se oyeron ruidos y una voz gritó:

- Voy...levántense, alguien llama.

Poco a poco todos fueron saliendo un poco asustados, temían lo peor. La situación en la Selva Lacandona estaba muy tensa.

Situada en una loma, la escuela se ubicaba en el punto más alto. Desde ahí se podía ver casi todo el caserío y el camino que llevaba a otras comunidades, más adentro de esa cañada.

Cuando ya todos se habían reunido, el hermano de Lola les explicó:

- La esposa de Tomás está tratando de parir desde muy tempranito y no puede. La que le ayuda ya dijo que hay que llevarla al doctor, a Ocosingo, porque la criatura no puede salir, no está de cabeza y Guadalupe no está bien. Hay mucho lodo para sacarla, sólo en avioneta, pero cuesta mucho y la comunidad no tiene dinero, Tomás tampoco tiene... Díganos cómo podemos hacer para conseguirlo.

Rápidamente se hizo la coperacha.

- Aquí están los 700 pesos, pero ¿cómo vamos a hacer para llamar a la avioneta? Si quieren dos de nosotros los acompañamos a donde haya un radio para mandar el mensaje. Es importante que la avioneta pase mañana temprano por ella, de eso depende su vida.

- *Jocolawual* (gracias), vamos a ir a ver a los del PRI, cuando entró el Ejército nos quitó el radio y ahora ellos lo tienen; para esto no hay problema les vamos a decir que queremos la primera avioneta, la que pasa a las siete de la mañana y es mejor si vamos solos, porque a ustedes no los quieren.

- Mañana que venga la avioneta que se vaya también el argentino, dijo uno, porque estos *kaxlanes* sólo saben portarse bien si ven un extranjero. Así que de una vez quedamos de vemos en casa de Tomás a la seis. Hasta mañana.

- *Pajel to.*

Cerca de la comunidad, a unos veinte minutos caminando, había una pequeña pista de aterrizaje para las avionetas que solían usar los finqueros de la zona para transportarse o para llevar y traer el producto de sus cosechas o el abasto para sus ranchos. Desde 1994, la pista ya sólo la usaban el ejército y los del PRI.

Pancho se despertó muy temprano, como siempre. Ayudó a su padre y hermanos a improvisar una camilla con troncos y mecate. La comunidad y los campamentistas se reunieron en su casa para ir juntos a la pista.

Su papá y su tío cargaban la rústica camilla y un grupo de hombres les seguía para el relevo. Su madre llevaba puesta ese día - cómo olvidarlo- su falda de india *tzeltal*, azul marino con listones blanco, rojo, amarillo, rosa y azul como aros al final y su blusa blanca, llena también de cintas de colores, con cuello blanco, pasalistán en las mangas que remataba con un moño; su cabello trenzado alrededor de la cabeza y una toalla para secarse el sudor, para

cubrirse del frío, para apretarla en los dientes y no gritar cuando la mordía el dolor.

Un grupo de jóvenes se adelantó al de los hombres que llevaban la camilla para limpiar de piedras el espacio más cubierto de pasto, a la orilla de la pista y ahí pusieron a la enferma.

Todos esperaban. Pancho oteaba el horizonte buscando la avioneta, aguzaba el oído, pero nada... sólo el frío de la mañana y la humedad en los pies.

Ciertamente su ropa poco le ayudaba: una camisa que alguna vez fue blanca pero él ya la conocía gris, con un solo botón un poco más grande que el ojal, por lo que éste tuvo que romperse un poco y un pantalón azul, sin cierre, que se ceñía al cuerpo con un pedazo de mecate. Y aunque por ahora no tenía botas, sabía porque su Tat (papá) le había dicho, ya le faltaba poco para tenerlas. Quería que se las compraran rojas, pero ahora ya no quería botas, le decía a Tatú Dios que sólo deseaba que su mamá regresara...

Primero sordamente, después con más claridad se empezó a escuchar el sonido de un motor y en el horizonte apareció una pequeña avioneta. Eran las ocho de la mañana.

Como por tácito acuerdo todos se lanzaron a la pista y empezaron a agitar en sus manos sombreros, toallas, hasta hubo más de un chiquillo que se quitó la camisa para agitarla en el aire. La figura de la avioneta creció en el cielo y el ruido del motor también. Pensamos que daría la vuelta, pero la figura fue decreciendo junto con el sonido hasta perderse en el horizonte. Todo había sido en vano. Evidentemente las personas que tenían el negocio de rentar las

avionetas habían preferido darle primero el servicio al campamento militar que se encontraba ubicado más adelante.

Las autoridades de la comunidad y los campamentistas se reunieron. Había que insistir. El estado de la embarazada no aceptaba demoras. Era necesario volver a pedir por radio otra avioneta. Dos hombres de la comunidad fueron a cumplir el encargo:

La pista era una larga tira chapeada que se le robó a la selva, pero alrededor nuestro todo era verde. A lo lejos se alcanzaban a ver dos casas abandonadas, que en otro tiempo, antes del '94, habían sido habitadas por los finqueros. Las construcciones, ahora vacías, se encontraban en la parte baja del terreno, en una especie de valle, en las mejores tierras. Acá arriba, las tierras de la comunidad eran lodosas, con mucha piedra, duras y difíciles de trabajar.

Un grupo de mujeres, paradas cerca de Guadalupe, la asistían. De vez en cuando le daban agua o tomaban su mano para reconfortarla: Tatic Dios sabía que Tomás y sus hijos la necesitaban. Ella emitía, de cuando en cuando, un leve sonido sordo y lastimero: ay...ay.

Conforme pasaba el tiempo el sol iba dejando sentir su calor con más fiereza. A una voz, toda la comunidad, recolectó hojas y palos para hacerle a la enferma un dosel que proyectaba una gran sombra que cubría todo su cuerpo. Terminada la tarea se hicieron espontáneamente pequeños grupos de hombres por un lado y de mujeres por otro que conversaban a la orilla de la pista, a la sombra, para protegerse del sol. Los únicos a quienes parecía no importarles mucho eran los niños que jugaban entre ellos. Sólo Pancho y sus hermanos permanecían junto a su madre, silenciosos.

Cerca de las dos de la tarde y después de tres mensajes por radio, se oyó a lo lejos el ruido de un motor. Todos callaron y volvieron la vista al cielo. En lontananza se veía venir la avioneta. La espera fue demasiado larga. Cuando estuvo cerca otra vez se organizó la algarabía con gritos, silbidos y agitar de prendas. Pero la avioneta pasó nuevamente de largo para ir a dar varias vueltas, allá lejos por donde se miraban esas casas de los finqueros. Luego de un giro se dirigió hacia donde estábamos y al fin aterrizó. En un instante todos corrieron para formar un semicírculo alrededor. Cuatro hombres diligentemente cargaron la camilla y la pusieron cerca de la puerta que el piloto abrió y sin bajarse preguntó quién iba a viajar.

Tomás dió un paso adelante y empezó a decirle, señalando hacia donde estaba su mujer, que iría ella y... abruptamente el piloto lo interrumpió:

- Ni creas indio pozolero que voy a cargar eso en mi avioneta.

- Dígame señor, dijo uno de los campamentistas en tono airado, pedimos la avioneta para las siete de la mañana explicándoles que era una emergencia y usted se pasea sobre nosotros una hora después para seguirse de largo y regresa seis horas más tarde, sin pizca de humanidad, a decir que no va a llevar a la señora, qué le pasa...

- Soy el piloto, si quiero los llevo y si no, no. Mejor tráguense sus palabras. Además, seguro que ni dinero tienen para pagar, indios miserables.

- Sí señor tenemos el dinero. Por amor de Dios llévenos a Ocosingo, mi mujer está muy mala y sólo allá hay doctor.

- Primero enséñame el dinero... ustedes háganse para allá...y dime si me decidiera quién más iría.

- Vamos mi cuñado, yo y este señor, dijo Tomás señalando al argentino.

- Uy no... ustedes están bien enanos, pero eso es mucho y ya ves ni tienes con qué porque no me has enseñado los billetes.

- El dinero aquí está, dijo el argentino con voz fuerte, y si no nos lleva a los cuatro va a tener problemas serios porque yo represento a una organización internacional; así que decida si nos va a dar el servicio o no.

El piloto tomó el dinero, lo contó y exigió cien pesos más, después de recibirlos dijo de mala gana que se subieran y empujó hacia adelante el respaldo del asiento que estaba a su lado.

La avioneta era de dos plazas y en la parte trasera tenía espacio para carga. De hecho los militares la usaban diariamente para abastecerse y, cada cierto tiempo, renovar completamente la tropa.

Pancho observaba la escena, no decía nada ni lloraba, sólo veía y sentía, pero su rostro no reflejaba nada al igual que los de los demás. Sólo las caras de los campamentistas hablaban de rabia e indignación.

Entre varios hombres cargaron la camilla para introducirla al aparato. Fue una tarea difícil. Guadalupe era pequeña y regordeta, pesaría unos setenta y cinco kilos. No se debía doblar, tenía que permanecer acostada. Después de cuatro

intentos frustrados, porque la puerta era verdaderamente estrecha, lo lograron ante la mirada de desprecio del piloto que permaneció sentado, sin bajarse siquiera para agrandar el espacio de maniobra.

- Saquen su mugrero, dijo.

Unos hombres levantaron el cuerpo de Guadalupe mientras otros jalaban la camilla para sacarla. Luego se subió su hermano que era el único que faltaba, se cerró la puerta y el bimotor echó a andar las hélices, dio la vuelta avanzando sobre la pista hasta despegar. Poco a poco desapareció de nuestra vista.

Pancho seguía ahí con sus pies descalzos y sus grandes ojos llenos de agua.

Regresaron a la comunidad sin decir palabra. Algunas mujeres lloraban y se cubrían el rostro con toallas que usaban a manera de rebozo para protegerse del sol o del frío, según el clima. Los hombres y los niños mayorcitos, machete en mano, se fueron yendo por los senderos hacia sus milpas con sus morrales al hombro, llevando su pozol.

Al día siguiente, muy de madrugada, tres campamentistas salieron hacia Ocosingo con la misión de ir a ayudar a los que habían partido antes y viajar hasta San Cristóbal de las Casas para poner una queja por negligencia contra el piloto y la empresa ante Derechos Humanos.

Ya en Ocosingo fueron directamente al Hospital de Solidaridad del Instituto Mexicano del Seguro Social que ahí se ubica para preguntar por el estado de salud de Guadalupe y cuál sería su sorpresa al descubrir que nadie sabía nada

sobre ella. Ninguna persona con ese nombre estaba registrada. La mujer de la ventanilla insinuó que como era india tal vez la hubieran llevado al hospital de las monjas en Allmirano.

Por el estado de salud de Guadalupe un traslado más era impensable, así que insistieron preguntando a todos los de bata blanca que veían. Una trabajadora social les dijo que fueran al anfiteatro a informarse pues tenía la impresión de que alguien había muerto el día anterior.

Estaba prohibido pasar al anfiteatro, llamaron y nadie respondió. Pero sus muestras de indignación y de enojo con la trabajadora que les dio la noticia tal vez fueron la causa de que milagrosamente apareciera la jefa del servicio social para informarles que efectivamente la paciente por la que preguntaban había fallecido el día anterior, todo esto en medio de justificaciones de que habían hecho todo lo posible, que le habían dado el mejor servicio, que incluso les habían regalado el ataúd y que no tenían idea de dónde podían estar, pensaban que de regreso a su terruño:

- Porque esos indios no se quedan por acá, regresan siempre a su lugar.

No había nada que hacer. Salieron. Les parecía increíble, de no haberlo vivido pensarían que era mentira que en los albores del nuevo siglo pasara algo semejante. Era rabia, sí, rabia y coraje lo que sentían. Era necesario ir a la oficina donde alquilaban las avionetas a decirles el costo que tuvo su negligencia, su racismo... y recordaron las palabras del poeta español León Felipe: "... cuando la justicia vale menos que el orín de los perros".

Ya en la calle quisieron parar un taxi. Unos metros adelante, una anciana indígena con un niño trataba, al parecer infructuosamente, de detener alguno.

Un taxista que pareció no ver a la señora vino a pararse frente a ellos, le indicaron que como ella estaba primero irían a llamarla, que esperara un momento, pero el chofer les comentó: si les interesa me paré para llevarlos a ustedes, yo no subo indios a mi coche y arrancó. Los ojos azules, la tez blanca y el pelo rubio son más dignos de servicio que los ojos cafés, la piel morena y el pelo oscuro. Algunos mexicanos que no tienen espejos se piensan holandeses o arios o qué, ¿qué es lo que pasa?

Hubo que perder una hora y pelearse con tres o cuatro taxistas antes de lograr que se le diera el servicio a la señora y después a los campamentistas.

En la pista de Ocosingo pasó algo parecido, nadie sabía nada, el responsable no estaba, se desconocía quién era el piloto por el que preguntaban. Y ahí estaban el montón de avionetas paradas. Preferían perder dinero que hacer un trabajo para los indígenas. Tampoco ahí había nada que hacer. Partieron hacia San Cristóbal de las Casas a ver si podían hacer algo, al Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas.

Encontraron al argentino que les platicó: Cuando llegamos a Ocosingo tuvimos que bajar, con grandes dificultades, a la señora Guadalupe y ponerla en el piso. Su hermano fue al hospital de Solidaridad a pedir una ambulancia para hacer el traslado y regresó. Volvió a ir y a venir en tres ocasiones. Perdimos como tres horas. La ambulancia nunca apareció. Después, la gente de las avionetas vino a decirnos que moviéramos a la señora porque daba muy mal aspecto, que eso no les ayudaba como empresa. La única alternativa que teníamos era un taxi, con el agravante de que todos son vehículos compactos, pero era la única solución posible. Luego de conseguir uno, tuvimos que subirla, se fue semiacostada. Llegamos al hospital como a las seis de la tarde y

la ingresaron, pero después de auscultarla y no queriendo atenderla, decidieron trasladarla al Hospital San Carlos, el de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, en Altamirano. Luego de papeleo, de idas y venidas la subieron a una ambulancia. Camino a Altamirano falleció.

...Era de noche y la oscuridad llegó silenciosamente al corazón de Pancho.

La señora Guadalupe fue enterrada en el cementerio de la comunidad. Para llegar a él había que cruzar el río y pasar entre algunas de las casas de los pristas por un sendero que subía hasta una loma llena de cruces, hechas con palos, adornadas con flores.

Durante nueve días, en casa de Tomás, se rezó el rosario en "castilla", aún cuando la mayoría no lo habla, pero repite de memoria la oración. Los hombres se agrupaban en un lado del cuarto, las mujeres en otro. En la pared del fondo un pequeño altar improvisado: las imágenes de Jesús, la Virgen y del ángel de la guarda acompañando a un niño mientras atraviesan un puente. Flores de papel, veladoras y copal.

Hubo reunión de la comunidad para decidir cómo iban a apoyar a Tomás y a sus hijos. Se le propuso a Ana, la tía de Fernando, ayudar a la familia, ella aceptó y hubo acuerdo. La vida de la gente volvió a su cauce.

Camino abajo de la casa de Tomás viven Benjamín y Juanita. Ellos son un matrimonio joven. Su casa está en el solar de los padres de ella. Desde ahí se ven los cerros, siempre verdes, con una que otra pelada aquí y allá, rodeando a la comunidad, abrazándola. De lo alto de uno de ellos se alcanza a divisar una caída de agua que, a la distancia, parece un fino hilo de plata. Los indios

dicen que los wits (cerros) están vivos. Por eso les gusta ir a las cuevas a rezar y cantar, para que los bendigan.

A la entrada del solar a mano izquierda, varias matas de plátano, de largas hojas mecidas por el viento. A la derecha, la cocina. Un cuarto hecho de adobe y paja con techo de palma y piso de tierra. Fresco en verano y cálido en invierno. Muy oscuro, pues sólo tiene una puerta y una pequeña ventana, tan pequeña que sirve de marco a la cara de la Juanita cuando se asoma, por las tardes, a ver jugar a los niños.

Al fondo la estufa: un bloque de adobe, como de un metro cúbico y sobre él, grandes piedras para sostener la olla de los frijoles o el comal de las tortillas. Entre las piedras la leña ardiendo, siempre ardiendo. La esposa de Benjamín, su hermana y su madre pasan ahí la vida. En la mañana a las cinco, a cocer maíz, luego a molerlo. Horas enteras dándole vuelta a una manija y al terminar a echar tortilla. Hay que ir por la leña, hay que ir por el agua, desgranar mazercas, secar al sol el café, descascararlo, tostarlo y molerlo, lavar cacharros, bajar hasta el río a lavar la ropa. En fin, nunca les falta algo que hacer.

A unos pasos de la cocina, frente a un naranjo mandarina, un cuarto de paredes de madera con techo de palma sirve de habitación por las noches. Afuera una hamaca que por las tardes, después de la milpa, mece al padre; durante el día a las criaturas para dormir las y a los niños para entretenerlos en medio de risas y juegos. Adentro, dos camas de madera sin colchón, unas cobijas viejas. De las paredes, pendiendo de clavos, ropas o instrumentos de labranza y un espejo. Más adelante otro cuarto igual, sólo que con techo de lámina y con una cama. Era la casa de Benjamín, Juanita y Josefina.

Josefina es su única hija. Tenía meses. Su madre la trajo al mundo en aquellos días oscuros de febrero de 1995, cuando el Ejército Mexicano hizo una ofensiva contra las comunidades donde suponía estaban los zapatistas. Fue en la madrugada, después del terror y la angustia de tanques, metralletas y hombres armados que irrumpieron en sus casas buscando, rompiendo, aventando, en medio de gritos de chamacos y mujeres, entre el cacarear de las gallinas y el ladrido de los perros.

Los hombres tuvieron que huir a la montaña. Alguno que permaneció, fue torturado frente a su familia. Quedó inhabilitado para el trabajo. Ahí donde hay que arrancarle a la tierra, a fuerza de trabajo, el maíz y el frijol de cada día. Ahí donde todos trabajan para comer, hasta los niños.

Juanita sintió mucho miedo. A pesar de su abultado vientre, también fue víctima de la rudeza de los hombres que llegaron. Recuerda cómo de tanto golpetear pensó que el corazón iba a salirse. Todo era agitación y llanto. ¿qué decían esos hombres? ¿cómo entenderles? Ella no hablaba el "castilla". Pasaron tantas cosas en tan poco tiempo... fue como una vorágine. Ir del miedo a la ira, a la incompreensión; demasiadas impresiones, demasiada violencia...

Por fin, con el sol, los militares se fueron. Los hombres todos se habían ido. Quedaron las mujeres solas con el temor de un regreso inesperado, ¿quién podría detenerlos? ¿quién las defendería? y la preocupación de saber que sus hijos, hermanos y esposos estaban en la selva sin qué comer, sin agua, expuestos a ese frío húmedo que parecía meterse hasta en la médula de los huesos, con el peligro de los animales salvajes en acecho y el riesgo de que el ejército diera con ellos. Qué iba a pasar.

En esta zozobra se adelantó la criatura... el parto fue difícil. Los dolores, las contracciones, el ir y venir de su madre diciéndole que todo iba a estar bien, las yerbas para ayudar, pujar y pujar, la comadrona hablándole, rezando. La angustia de lo que estaban viviendo, de lo que vivieron ese día, que iba y venía por su mente. Todo se le juntó. Por fin, en la madrugada, después de horas de estar en cuclillas, nació Josefina y la partera cortó el cordón umbilical.

Juanita estaba feliz de ser madre. En ese momento olvidó todo. Ese diminuto ser llenó su alma de gozo. Pero al paso del tiempo se percató de que algo pasaba, alimentarla era un problema, le daba de su leche, pero Josefina tardaba en tragarla, con facilidad volvía el estómago. Conforme la criatura iba creciendo notó que la pequeña parecía no controlar su cabecita. Y lloraba, siempre lloraba.

La casa de Juanita estaba frente a la escuela donde por la mañana se trabajaba con los niños. En la tarde, con los jóvenes y adultos que querían aprender y en la noche servía para el descanso. Hasta allá llegaba el sonido del llanto de Josefina. Era una pena. En aquella humilde cocina, en medio del humo de la leña, las mujeres trabajaban. Juanita con ellas, llevando a la espalda envuelta en un lienzo de tela, a la pequeña Josefina.

A veces pasaba horas dándole de comer, pero no retenía nada. Había que hacerle un atofito de maíz y dárselo a cucharadas. Varias veces se deshidrató. Entonces iban con Pedro, el promotor de salud, a ver qué les daba. Pedro sacaba los sobrecitos de suero oral y la medicina para los bichos de la panza. Si le daba calentura, a bajarla con trapos mojados con agua fría en la cabeza.

A pesar del trabajo y del constante llanto, Juanita nunca perdía la paciencia. A Benjamín, había que verlo volver del trabajo, sudoroso y cansado, con sus manos toscas y callosas cargar a Josefina delicadamente, mientras le platicaba, meciéndola para calmar sus lágrimas.

Cuando hablaban de Josefina, Juanita y Benjamín dejaban ver su desconcierto. No entendían por qué estaba así, qué pasaba que su niña era diferente de los otros. Tal vez fue el *Pukuj* (diablo) de los militares. Ya le habían dado muchos remedios. Todo había sido en vano. Josefina no se componía.

- Hay un curandero, decía Benjamín, allá en Emiliano Zapata, por Comitán, que es muy bueno. El sí podría curarla, pero sale muy caro, como 200 pesos, porque hay que pagar la consulta, los remedios, el pasaje de los tres hasta allá y no hay dinero.

Fue entonces cuando surgió la idea de ir a Altamirano, al Hospital San Carlos, junto con el matrimonio y la bebé iría una campamentista.

La salida fue temprano una madrugada, la niebla como un blanco velo cubría las montañas. Hubo que caminar varias horas alumbrándose sólo con la escasa luz de las linternas.

Era un camino de lodo chiclosa, que conservaba aún las huellas del paso de bestias y ganado. Su superficie semejaba un número infinito de cuencos irregulares, donde se mezcla agua de lluvia, rocío, orín y estiércol de burros y caballos con piedras, ramas y hojas sueltas.

Transitarlo era tarea difícil. Nunca se sabía que había abajo. A veces poner el pie en una piedra, que parecía decir que era paso seguro, significaba hundirse casi hasta la rodilla. Salir, aún más complicado, sobre todo cuando se tienen que cargar todas las pertenencias a cuestas. Hay que apoyar firmemente el otro pie, hacer equilibrio y jalar con fuerza la pierna. En ocasiones se precisa la ayuda de otro, porque el lodo parece succionar. La gente del lugar dice que en esas veredas hay lugares en donde si un caballo cae, hay que pegarle un tiro porque es imposible sacarlo.

Los indios avanzan con paso suave, pero constante, dando pisadas cortas, sin detenerse, llenos de agilidad. La gente de ciudad, con zancadas firmes y largas, que tienden a sumirlos; haciendo alto a cada instante para buscar la mejor opción con lo que sólo consiguen hundirse más. Los primeros parecen pequeños gnomos juguetones y saltarines, los segundos torpes infantiles aprendiendo a caminar.

A pesar del peligro, el sendero es hermoso. A uno y otro lado la selva, matorrales, cañaverales, pastos, flores, árboles de troncos delgados o gruesos y nudosos. A lo lejos, las montañas. Una gama infinita de tonos de verde. El canto de los insectos, las aves y las hojas que mueve el viento. El olor a tierra mojada, a campo, a naturaleza. El cielo plagado de estrellas.

Por estos lugares siempre se encuentra, a cada tanto del camino, un pájaro mediano y feo, de color negro, que los lugareños llaman *pea pea*, porque emite un silbido que parece decir eso, mientras emprende el vuelo, avisándole a quien lo oiga que él ha visto venir a alguien a lo lejos. Es como el chismoso del pueblo.

Después de mucho andar, poco antes que el sol llegara a mitad de su senda, arribaron al sitio a donde llegaba el camión de redilas que los llevaría, como ganado, a Ocosingo. Ahí, atravesar el pueblo, para tomar la combi hacia Altamirano. En total cuatro o cinco horas de recorrido si el tiempo y los caminos eran buenos, sin contar el tiempo de caminata.

Altamirano es un pequeño pueblo. Las instalaciones del hospital San Carlos no parecen lo que son. Se encuentran en la calle principal, cinco o seis cuadas antes de la casa de gobierno. La posada para los familiares está a la derecha, tras una reja. Es una construcción de ladrillo de planta baja únicamente: un largo pasillo con cuartos a los lados, cada uno con una plataforma grande de cemento que usan como cama las familias de los que están internados; cuenta cuatro retretes, cuatro regaderas, cocina y comedor.

Enfrente, el hospital. Una cuadra después, la casa de los médicos y en la siguiente, la instalación que alberga a los que fueron dados de alta hospitalaria, pero que aún no pueden regresar a su comunidad y a quienes se les están realizando estudios.

La gran mayoría de los pacientes son indígenas. Uno puede ver a sus familiares en el patio, en los pasillos y cuartos con sus enfermos dándoles de comer, platicando, durmiendo. La presencia de niños y adultos no modifica la asepsia del lugar.

Los doctores del nosocomio son monjas, miembros de la Asociación Médicos del Mundo y seculares nacionales. Las enfermeras y auxiliares son indígenas, así como el resto del personal.

Josefina fue internada para hacerle estudios. Juanita la cuidaba. Mientras a Benjamín y a la campamentista, como a cualquiera que llega con algún enfermo, se les asignó un trabajo que desarrollaron voluntariamente. A Benja le tocó ayudar en la limpieza de la casa donde estaban hospedados. A ella, cuidar a Sergio.

Sergio es un bebé indígena. Su rostro es como los que aparecen en las estelas mayas, con grandes ojos negros. De piel cobriza cubierta todavía con un fino bello. Su madre fue atendida por las monjas meses antes de que él llegara al mundo, por un cuadro de desnutrición severa. Después, Sergio nació en San Carlos. Ahí permaneció por tres meses y medio. Las hermanas de la Caridad no quisieron darlos de alta hasta no verlos repuestos.

Dos meses después la madre volvió a traerlo. Ella no tenía leche. En la mayoría de las comunidades no hay ganado y en donde hay es Cebú, productor de carne, no de leche. Muchos indígenas no tienen tolerancia a los lácteos; a fuerza de no tomarlos carecen de una enzima que permite su digestión. Sergio se alimentaba de atoles aguados de maíz. Su estado era grave: infección intestinal, diarrea y deshidratación. Se le dio tratamiento y salió.

Al mes siguiente, volvió a repetirse el cuadro. Nuevamente fue internado. A las tres semanas, su mamá lo dejó para regresar a su comunidad a cuidar a su esposo enfermo.

A sus siete meses Sergio medía unos treinta o treinta y cinco centímetros, su piel estaba pegadita al hueso. Su mirada hablaba de una lucha entre la vida y la muerte. Las enfermeras le preparaban dos o tres onzas de leche cada tres horas, con la que había que llenar la mitad de un gotero y vaciarla poco a poco

en su boca. A los ojos de los neófitos parecía no tener fuerza ni para mamar, había que despertarlo varias veces durante el lapso en que se le daba de comer.

La familia de Sergio era de otra comunidad. Más tarde, Benjamín tuvo noticias de que las monjas seguían atendiéndolo y que la madre no había regresado; finalmente, después de algunas semanas, se enteró de su muerte.

Juanita, Benjamín y la campamentista coincidieron en el nosocomio con Alfonso, el hijo mayor de la señora Guadalupe que había muerto recientemente.

- Qué bueno que todavía los encontramos. Mi esposa María y yo queremos que se queden con nosotros. Acabamos de llegar con Miguel. Está muy malo, dijo Alfonso. Antenoche ardía en calentura. Estuvimos tratando de bajársela toda la noche sin lograrlo. Pedro nos ayudó. En la madrugada nos fuimos caminando a Las Tazas. Pero cuando lo vio el doctor mencionó que el niño sólo estaba resfriado. Nos dio sobres de suero oral y unas pastillas de una medicina que se llama mejoralito para que le diéramos cada seis horas, luego nos mandó de regreso a casa aconsejándonos que cuidáramos bien al chamaco.

En Las Tazas existe un pequeño centro hospitalario, que coordina la actividad de los promotores de salud indígenas y es atendido por una organización no gubernamental.

- Ya en nuestra casa, continuó, vimos que seguía igual o peor. La tos cada vez era más fea. Nos dio mucho miedo y pensamos que era mejor traerlo para acá. Ayer pasó muy mala noche. Ya tenemos dos días sin dormir. Hace un rato llegamos y nos dijeron que ustedes andaban por acá.

Juntos fueron a ver a la criatura. En un pasillo, casualmente se encontraron con la doctora que habló con Juanita y Benjamín, los padres de Josefina. El diagnóstico era parálisis cerebral, causada por asfixia durante el parto. Recomendó llevarla a la capital para que la operaran del esófago (una malformación le provocaba el vómito) y para que le dieran fisioterapia en un lugar especializado. Las monjas se encargarían de canalizarla.

Días después, Juanita y Benjamín viajarían con Josefina a México. Allí los médicos les informaron que el proceso era largo. Estaba desnutrida y había que ponerla en peso antes de hacer otra cosa. Después de un mes de estar lejos, sin dinero, sabiendo que Juanita estaba nuevamente embarazada y Benjamín sin trabajar la milpa siendo cabeza de familia, pues su suegro enfermo no podía hacerlo, decidieron regresar a su comunidad, pero el personal del hospital les explicó que debían dejar a Josefina para que mejorara.

Tres semanas más tarde, Benjamín volvió a la capital a ver a su hija y regresó a su casa con ella. Si alguien le preguntaba por qué se había traído a Josefina, él sólo contestaba:

- Aquí estamos bien los cuatro, éste es nuestro lugar.

No se supo qué pasó, Benjamín y Juanita nunca quisieron tocar el tema. Después de hablar con la doctora, Juanita, Benjamín y la campamentista fueron con Alfonso a donde estaba su esposa María con el niño. Era una habitación grande, con unas ocho camas donde yacían enfermas acompañadas por familiares. En el suelo varios infantes jugaban. La mayoría de las mujeres

iban vestidas con sus trajes típicos, llenos de color y de flores. Las enfermeras hacían su rutina. El ambiente era armonioso y cálido, en nada semejante a la fría e impersonal atmósfera de nuestros hospitales.

En un rincón del cuarto, en una cuna descansaba Miguel y a su lado estaba María. Una joven doctora mexicana llegó. Auscultó y revisó los signos vitales del niño. Inyectó medicamento en el catéter por donde pasaba el suero que le estaban administrando. Dirigiéndose a los padres dijo, al tiempo que una enfermera traducía:

- La situación es muy grave. Tiene neumonía. Le apliqué medicinas que le van a ayudar a combatir la calentura y a aflojar las flemas de sus pulmoncitos. Dios quiera que reaccione bien. ¿Por qué no lo trajeron antes? Los problemas de salud en los bebés avanzan rápidamente. No deben dejar pasar estas cosas. Tráigannos acá a sus hijos en cuanto vean que están malos.

Alfonso narró lo ocurrido. Ella permaneció callada un momento y agregó:

- Regreso en una hora. Si me necesitan vayan a buscarme a Consulta Externa. Tengan fe en Dios que nunca nos deja.

A los seis meses de vida Miguel se encontraba tendido, sin más ropa que un pañal hecho con una vieja tela, ceñida a su cuerpo con otra tirita rasgada. Su mano izquierda estaba atada a un pedazo de madera para evitar que con algún movimiento se lastimara con la canalización que tenía. Su tos era seca y ronca. La respiración agitada. De tanto en tanto, una especie de silbido salía de su pecho.

Por turnos, María y Alfonso cuidaban a su hijo. Mientras uno estaba parado junto a él, viéndolo, acariciándolo, hablándole; el otro descansaba sentándose en el suelo. San Carlos es un hospital pobre. Cada vez las visitas médicas se hicieron más seguidas. Las enfermeras le daban masajes en la espalda: golpes suaves, con la mano en posición cóncava.

De pronto, el niño interrumpió su respiración. Su piel empezó a ponerse cianótica. Alfonso corrió a informar a la enfermera. Los ojos de María se llenaron de lágrimas y con la mano se tapó la boca. Otra enfermera salió corriendo. Todo era movimiento. La doctora llegó ordenando que le trajeran un respirador, oxígeno y que dejaran libre el área.

Alfonso abrazó a María y se recargaron en una pared cercana. Todos en el cuarto guardaron silencio. Segundos después, que parecieron horas, lograron sacar la flema y el inhalar y exhalar aire volvió a oírse. El peligro había pasado. Ahora Miguel estaba bajo una media esfera de plástico, conectada al oxígeno. Sus padres ya no quisieron despegársele.

La doctora habló de sus luchas para bajar la temperatura, por limpiar las vías respiratorias y del gran riesgo de muerte. La enfermera traducía palabra por palabra al tzeltal.

Esa noche, a la una y media, Miguel dejó de respirar.

Afuera en el patio el cielo estaba oscuro, no había estrellas ni viento ni cantar de grillos o cigarras ni croar de sapos, nada. Todo era negrura en medio del más profundo silencio. La naturaleza también se rebelaba.

En la capillita donde las monjas solían hacer sus rezos, la lucecita roja del Santísimo alumbraba apenas a la pareja que esperaba le llevaran el cuerpo.

La puerta chirrió al abrirse y apareció la figura de una mujer.

- Hermanitos, dijo con gentileza, lamento mucho su sufrimiento. Debo ahora preguntarles si trajeron con ustedes el acta de nacimiento del niño, para saber qué vamos a hacer.

- No tenía, contestó Alfonso, por eso no la trajimos.

El Registro Civil más cercano a la comunidad, en ese tiempo, estaba en Ocosingo. El trámite para registrar a una criatura podía llegar a tardar dos días para los indios. Con un costo aproximado de \$25.00 más el pago de fotografías de los padres para su identificación. En ocasiones el jefe de la oficina se negaba a realizarlo. Un trabajador del archivo dijo que recibían un incentivo por los matrimonios indígenas que anotaran, pero no por los nacimientos.

- Si no tiene papeles, ahora que ha muerto, pueden tener problemas con las autoridades. Decidan si quieren que pida que informen lo que ha pasado o si prefieren regresar a su comunidad sin hacerlo. En caso de que quieran mejor irse, deben cuidar que nadie sepa que van cargando un muerto porque es delito y hasta la cárcel pueden ir a parar.

Alfonso le tradujo a María la conversación y ambos decidieron regresar sin decirle nada a nadie.

A Miguel lo velaron las horas que quedaban de la noche. Bejamín y su familia se tenían que quedar, los otros cuando todavía no amanecía salieron como

sombras rumbo a Ocosingo. El bebé amortajado lo llevaba María, oculto en un rebozo. En el trayecto salió el sol.

En el mercado de Ocosingo, de donde salían los camiones de redilas, se encontraron con que ese día ninguno iba por la comunidad. Tomaron el que los dejaba más cerca. A la salida del pueblo, en el primer retén de la Policía Judicial hubo que hacer una alto para que la única mestiza que viajaba en el camión se identificara.

Tenían mucho miedo. Después de responder varias preguntas al fin los dejaron ir. El camino de terracería, lleno de hoyos y piedras, los hacía brincar con brusquedad y balancearse de un lado a otro. Era necesario agarrarse con fuerza a alguno de los tubos que formaban el techo y las paredes de la parte trasera del vehículo, para evitar caer o lastimarse.

Conforme pasaban por los caseríos, algunos pasajeros descendían. De cuando en cuando, se encontraban con hileras de jeeps y camiones militares, que transportaban soldados armados.

El calor del sol iba en aumento, cuando de pronto el chofer hizo un movimiento brusco, zarambando a la gente que llevaba atrás y se paró. Bajaron todos. Una llanta estaba pinchada. No había refacción. Cada cual buscó la fresca sombra de un árbol. Algunos hombres salieron a traer agua en sus jícaras a un arroyuelo cercano.

Compartían el pozol, sentados en la yerba, cuando vieron venir al chofer directamente hacia ellos. María seguía cargando a Miguel cubierto en su rebozo.

- Debía de ventilar un poco al niño señora, dijo con voz grave, hace mucho calor y de tanto sudar vaya a deshidratarse.

Alfonso entonces le habló de que su hijito estaba enfermo y que, gracias a Dios por fin habían logrado dormirlo con una medicina que el doctor le dio y que si lo despertaban lloraría mucho por el dolor.

Para su fortuna, en ese momento, se oyó el ruido de un motor y salió de una curva otro camión dejando una estela de polvo tras de sí al viento. El chofer comió a hacerle señas para que se detuviera y luego le pidió una llanta prestada.

Entre varios hombres hicieron el cambio. Volvieron a subir y a sentir el traqueteo. En una encrucijada del camino se bajaron del vehículo y echaron a andar en medio del calor hasta llegar al último retén militar, situado a varios kilómetros de la comunidad.

Desde lejos se veían los soldados armados. Avanzar era introducirse más adentro del miedo. Caminaban en fila india: primero Alfonso, después María. Entre ellos y la campamentista un gran trecho. Cuando llegaron, el soldado se acercó a hablar con la pareja. Ella, simulando cansancio fue a sentarse a una piedra que estaba adelante del retén.

Conforme se acercaba la campamentista, el uniformado la veía con insistencia. Al llegar, le dijo a Alfonso que se fuera y le pidió a ella que se identificara. Sintió el alivio más grande de su vida, pero le señaló al militar, sacando la

Constitución de una mochila que según decía ahí se podía circular libremente por todo el territorio nacional.

Cortésmente, el hombre explicó que tenía orden de pedir identificación a todo el que pasara, por el propio bien de la ciudadanía, que ellos estaban para cuidar al pueblo. No había alternativa: había que sacar la credencial de elector; recogió su mochila y continuó la marcha.

Tiempo después, pasadas las tres de la tarde, llegaron al fin a la comunidad. Todo el trayecto se realizó en silencio. Pero al llegar a su casa y cerrar tras de sí la puerta el llanto de María viajó por el valle y se perdió a lo lejos.

CAPITULO 3

EI OCASO DE LA RAZON

"Si no hablara lo mucho que quiero me ahogaría..."

(Miguel Hernández)

El solar de Esteban está en la parte baja de la comunidad. Delgados troncos, uno junto a otro, constituyen la cerca. De tanto en tanto, uno que otro reverdece y vuelve a tirar sus hojas color verde tierno.

Esteban hizo tres construcciones en su terreno, todas de piso de tierra y techo de palma. Una es la habitación de la familia. Otra una cocina donde la palma tejida, que constituye el techo, se ha ennegrecido por el hollín de la leña que en su afán de extenderse tizna ollas, comales, paredes y tal vez, los pulmones de las mujeres que pasan buena parte de los días de su vida en ella. El techo a más de oscuro, por efectos del sol y la lluvia, empieza ya a tener goteras.

Por eso Esteban tuvo que hacerle a su señora otra cocina, donde hasta gusta da trabajar, dice la Jimena, su hija, mientras extiende la tortilla en el comal y luego la voltea para que se infle.

En el solar, árboles de naranja, lima, mandarina. Una gran bugambilia de flores rojas y pistilos amarillos, que se mueve al ritmo que le impone el viento. Dos altas matas de plátano que a su tiempo se llenan de racimos.

Su sombra es el lugar favorito de los perros, que exhiben sus costillas de hambre echados en la tierra fresca. Sólo los extraños pueden interrumpir su descanso; al sentirlos venir mueven la cola y ladran mostrando su colmillos afilados.

Cerca de su casa, el río que por las mañanas apaga su rumor por las voces de mujeres que tallan ropa en sus piedras y el griterío de los niños que juegan en su corriente. Pero por la tarde y noche el cantar del agua que baja por su cauce, viaja en el viento para aquietarlo todo. A lo lejos los montes engalanados, vestidos con una abanico de tonos de verde.

Aún cuando los rumores de violencia tienen en gran tensión a la comunidad, Esteban, al igual que los demás, se levanta muy temprano para ir como siempre a la milpa. Su familia es muy grande: ocho hijos. Hay que luchar duro para alimentar tantas bocas.

Y allá va por las veredas que suben, a trabajar su tierra situada en una pendiente muy inclinada, al otra lado de la loma. El sol le pica en la piel, pero él cumple su faena contento. Le gusta ver crecer el maíz y las matas de frijol enredándose a pocos centímetros del suelo. Le gusta sentir la tierra.

Pero así como el agua del río en su constante pasar sobre las piedras, las lima y las pule haciendo con ellas obras caprichosas, así el hombre por su diario esfuerzo, su permanente trabajo, va erosionando su salud y Esteban tiene ya algún tiempo de padecer por una hernia en el estómago.

Los dolores y molestias que le ocasiona este mal, lo llevaron a salir de la comunidad el nueve de febrero muy temprano para ir a conseguir medicamento. Se fue inquieto pensando que dejaba a su familia sola cuando corrían tantos rumores amenazantes.

Se tranquilizaba al recordar que ya tenían tiempo escuchando los chismes de los del PRI, pero nada de lo que les decían se cumplía. Seguramente tendría tiempo de ir y regresar sin contratiempos. Esa era su esperanza.

Sin embargo, esa misma noche, allá lejos hasta donde había ido a curar su mal y a buscar medicina, le llegaron noticias de su terruño. Mientras él iba en camino, los soldados rodearon con tanquetas, jeeps con ametralladoras y camiones las casas de la gente de la comunidad que no pertenecía al Partido Institucional.

Muchos pudieron huir y refugiarse en los montes, sin más abrigo que lo que llevaban puesto. Sin más alimento que el que tenían en el estómago. Con las manos vacías. Indefensos. Pero vivos.

Los que no lograron escapar fueron interrogados uno a uno. Los militares querían saber dónde podían encontrar al subcomandante Marcos. Pero nadie en la comunidad lo sabía. Cómo iban a saberlo.

Querían informes sobre el lugar donde escondían las armas. Pero la gente desconocía si había un sitio en el que hubiera armas. Ellos no tenían más que sus instrumentos de trabajo, sus necesidades y sus miserias.

Los hombres de verde preguntaron por la comandante Elisa. Pero entre ellos ni siquiera una mujer llevaba ese nombre. No tenían idea de dónde se encontraría la comandante Elisa.

Uno a uno fueron pasando. La mayoría ni el castilla comprendía. Todos fueron interrogados, no quedaron exentos ni los chamacos.

Y ante la falta de información y el desconocimiento, llovieron las amenazas de dar muerte a los hijos, de matarlos ante sus ojos para que hablaran. Les explicaron lo que era la tortura y luego les dijeron que todo eso les harían a ellos si no decían lo que sabían.

Y volvían una y otra vez a preguntar ¿dónde están las armas? ¿quiénes son los zapatistas? ¿cuántos hay aquí en este ejido? ¿tú eres de éstos? ¿cuántas armas tienen? ¿quién es el líder aquí?...

Pero cómo decir lo que no se sabe, cómo inventar... Ellos llegaron con una lista con todos los nombres de las personas de la comunidad. Con ella preguntaban por cada uno. La gente estaba segura que la habían hecho los priistas del otro lado del río.

La comunidad tenía entonces un radio de onda corta para comunicarse con otros poblados. Lo necesitaban pues en tiempos de lluvia los caminos se vuelven intransitables. Y porque cuando están en buen estado se requiere de

condición física y mucho tiempo para andarlos o dinero para pagar los pasajes, donde hay camiones que presten el servicio.

El ejército llegó buscando el radio y la fotocelda que lo alimentaba para poder funcionar, pues en ese caserío, como en la mayoría, no cuentan con electricidad. El cuarto en el que se encontraba quedó destruido. El radio y la fotocelda pasaron a manos de los miembros de la comunidad que pertenecían a la ARIC (Asociación Rural de Interés Colectivo) oficial.

Los hombres que vivían en la casa donde estaba el radio fueron golpeados, interrogados y amenazados, las mujeres jaloneadas. La madre ante la violencia perdió el sentido, quedó tirada en el suelo, mientras la escena seguía desarrollándose. Las hijas hicieron intentos por detener la agresión, más todo fue en vano.

También a otras casas entraron rompiendo lo que encontraban. Parecía que su único objetivo era destrozar por destrozar. Las mujeres se preguntaban de qué servía destruir los molinos de maíz, que tanto les ayudaban día a día para preparar los alimentos de la familia.

Qué ganancia obtenían los federales al inutilizar sus cubetas, sus ollas, sus comales... Para qué desgarrar la ropa ya de por sí vieja... Qué movía a estos hombres a regar por el suelo los granos de maíz y de frijol, que con tanto trabajo sacaban de la tierra. Por qué tratar así al maíz. Por qué venir a hacerle esto a la comunidad.

Y luego robarle al pobre. Cuando cerca de sus cuarteles había tantas latas de comida, con sus papeles de colores muy bonitos que decían, en una lengua que no era el castilla, lo que traían adentro.

Ninguno logró conservar siquiera una gallina, un pato o un guajolote. Todo se lo llevaron. Sólo quedó un cerdo semental que por casualidad habían llevado a una milpa. Fue el único animal que no perdieron las familias.

Junto con los uniformados, llegaron capataces y gente de los ranchos vecinos para llevarse el ganado, que dejaron tiempo atrás abandonado. Algunos de la comunidad decían que con sus animales se llevaron los pocos que ellos tenían.

Todos se preguntaron sobre el futuro. Se sabían pobres, pero ahora con tanta pérdida. ¡Cómo hacer las cosas sin herramental! Las milpas ya crecidas necesitaban trabajo y los hombres estaban en la montaña. Desde antes de que el Ejército entrara ya tenían muchas carencias.

Estando lejos, Esteban escuchó en silencio la narración de lo que había pasado. Los que le hicieron el relato no sabían cómo estaban su mujer y sus hijos.

Días después le platicaron que los soldados habían vuelto a la comunidad. Vacieron el pequeño dispensario, donde el promotor de salud guardaba medicamento para los que enfermaban. Se llevaron todo y convirtieron el cuartito en oficina. Llegaron los de la Cruz Roja, pero no los dejaban acercarse.

Muchos decían que los choferes de los vehículos militares eran güeritos, que ni parecían mexicanos. Un tal Capitán Vega era la autoridad. A los indígenas, los

soldados les decían que no importaba nada de lo que hicieran. Que el problema se iba a acabar cuando los destruyeran a todos, que ésa era la solución: acabar con ellos.

En los días siguientes, Esteban tuvo noticias de que los militares entraban por la mañana al ejido y salían por la tarde. Era imposible adivinar cuándo volverían y qué harían la siguiente vez. Así que muchos prefirieron irse a las montañas.

A pesar del peligro, el 22 de febrero, Esteban regresó a su comunidad. Eran como las dos de la tarde. Todo estaba muy calmado. Se oía con claridad el correr de las aguas del río. Él se encontraba en compañía de su familia platicando de los sucesos de los últimos días. Los perros que dormitaban echados en el suelo, de pronto levantaron las orejas, se incorporaron y salieron al patio.

El ladrido de los canes y el sonido de una tanqueta que llegó a la puerta de su casa los llenó de miedo. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que estaban rodeados por miembros armados del Ejército Federal.

Con violencia sacaron a Esteban de su casa, ante la impotencia y las miradas angustiadas de sus hijos y su esposa. Se lo llevaron por la fuerza y aunque intentaron evitarlo, nada pudieron hacer sus familiares.

Los federales lo acusaban de haber robado el ganado de los rancheros.

- Tú te robaste el ganado, tú vendiste esos animales.

- Yo no me lo robé... si ni terreno tengo para guardarlo, dijo Esteban.

Ya en el sitio a donde lo condujeron le amarraron las manos y lo pusieron contra la pared.

- ¡Confiesa! ... Di lo que sabes.

Luego, un soldado, con el cañón de un arma de fuego tocándole el pecho le preguntó:

- ¿Dónde estuviste? ¿dónde andabas?

- Fui a buscar medicinas, le contestó Esteban, aquí en el dispensario no había nada para curarme. Esa es la razón que tuve para irme. Estoy enfermo, tengo una hernia en el estómago.

- ¿Dónde están las armas? ¿tú tienes armas?

- No, no tengo ninguna. Yo compré un rifle en 1985 para cazar animales y así poder alimentar mejor a mi familia, pero lo vendí en '93. Con el dinero que obtuve, compré medicinas para curarme la hernia. Ya no tengo arma.

Pero los militares insistían en que él les había quitado dinero y ganado a los rancharos, en que tenía armas porque era zapatista. Esteban era el único de la lista que traían el nueve de febrero, la primera vez que entraron a la comunidad, que no habían interrogado porque no estaba y eso despertó sus sospechas.

Todavía recuerda cómo los federales le golpearon una y otra vez el pecho con los puños cerrados envueltos con trapos y le explicaron:

- Es para que no te queden marcas.

Ellos creían que él tenía armas, pero como lo negaba lo estrellaron contra la pared. Lo acusaban de ser cabecilla, dirigente zapatista. Le pegaron en un ojo, provocándole una seria hemorragia, también lo golpearon en la cara. Varias veces lo encañonaron en la boca para que confesara. Pero no había qué confesar.

Después le dijeron que ellos no lo iban a matar. Que los rancheros ya habían recibido órdenes de liquidarlo.

Esteban ya no sabía qué hacer, por eso mejor guardaba silencio. Ya había dicho la verdad cuando le preguntaron, pero ante la insistencia, creyó que era inútil repetir lo mismo. Se dio cuenta de que nada más podía hacer. Nada, más que aguantar el dolor.

Todo esto sucedió en la escuela. Ahí donde los pequeños van por las mañanas a aprender. En el centro del saber de una humilde comunidad. En el lugar de la razón, los libros y los cuadernos. Ahí fue.

Luego, los uniformados llamaron a los del PRI, a los del otro lado del río, para que lo identificaran. Ellos, con los que antes se trataban de hermano, con los que habían convivido tanto tiempo, entre los que incluso tenían familia, lo identificaron como zapatista.

De ahí lo llevaron a otro sitio, con un teniente que lo golpeó, mientras le preguntaba por los alzados. Como no contestaba lo metieron en un cuarto. Eran tres soldados, recordaba Esteban, y el teniente le dijo:

- Tú eres un líder de la organización, tú eres el dirigente de la guerrilla aquí.
Tú tienes armas. Si no quieres hablar que te den una calentadita.

Por los golpes y los movimientos que hacía para resistir o esquivarlos, Esteban perdió el equilibrio y cayó, pero eso no impidió que le siguieran pegando. Patadas y patadas. Le metieron el arma en la boca y cortaron cartucho amenazando con matarlo si no confesaba.

Uno de los tres le puso las manos en el cuello y apretó con fuerza tratando de ahorcarlo. Luego, le metieron la cabeza en una bolsa de plástico. No podía respirar. Se ahogaba. Pensó que iba a morir. En fracciones de segundo recordó toda su vida, mientras sentía la humedad y el plástico adherido a su cara. Nunca podrá olvidar la desesperación y la angustia que sintió.

Le retiraron la bolsa y pudo sentir cómo el aire y la vida volvían a sus pulmones. Es hermoso respirar. No se había repuesto todavía cuando con un fuerte empujón lo tiraron al suelo y un soldado se paró sobre su abdomen, haciendo presión hacia abajo. El peso de aquel hombre sobre él le dificultaba la respiración casi al punto de impedirla. No podía moverse para tirarlo, los otros lo sujetaban.

Uno de los uniformados sacó su arma del cinturón, le puso el cañón en la cabeza y disparó. El sonido de ese gatillo quedó grabado en su memoria para siempre. Gracias a Dios la pistola se encasquilló y no salió la bala.

Pero ante esto, el militar se enojó. Lleno de ira se puso en la mano un boxer (instrumento metálico formado por cuatro anillos, en donde se insertan los dedos, con una base que ha de apoyarse en la palma de la mano), que cubrió cuidadosamente con un trapo y empezó a sacar su coraje con golpes y patadas sobre el cuerpo doliente de Esteban.

En total tres veces le pusieron la bolsa de plástico en la cabeza tratando de asfixiarlo. Por fin, cuando los tres soldados lo consideraron conveniente se fueron, dejándolo tirado en el suelo sucio de tierra y de sangre. Partieron pensando que estaba desmayado.

Esteban yace sobre la tierra. Lleno de miedo permanece con los ojos cerrados. Aguza sus oídos, pero sólo logra captar el sonido de los insectos del campo. Las voces de los hombres se han ido. Un gallo canta a los lejos. El trino de las aves rasga el cielo.

De tanto en tanto, el aire mueve las ramas de los árboles, produciendo el sonido de las hojas al rozarse. Todo está quieto y en silencio. Piensa en abrir los ojos para ver si se han marchado. Siente un escalofrío. Un terror superior a sus fuerzas lo detiene. La posibilidad de que estén ahí esperando para arremeter contra él, lo inmoviliza.

No hay un lugar en su cuerpo que no perciba herido. No ha perdido la conciencia, pero el dolor lo vence y de tanto dolor hasta el aliento le duele. No sabe cuánto tiempo estuvo así tirado, sin moverse. Respirando, sólo respirando. Consciente. Todo llaga y dolor. Pero vivo.

Los sonidos de la noche empiezan a irrumpir en su conciencia, cuando decide abrir el ojo sano. No puede abrir el otro, lo tiene demasiado hinchado. Primero lentamente, con recelo, por si todavía están ahí. Al no verlos, con gran dificultad se mueve para observar lo que le rodea. Con alegría descubre que está solo.

Como puede se incorpora y sale del cuartucho donde lo tenían. A toda prisa busca la protección de la naturaleza. Para esconderse, se mete entre las milpas. Ahí, perdido al abrigo de las matas de maíz, se sienta a tomar fuerzas. Le da gracias a Dios por estar vivo. El dolor le punza en las entrañas, pero también siente la vida pulsando por sus venas... y se alegra con el gozo de estar vivo, todo lo ve con otros ojos.

Después de que se lo llevaron, su familia avisó de lo ocurrido a la comunidad, que ante los hechos decide que es mejor que todos se vayan a otro lado, mientras se define la situación.

Con gran dolor por la pena de no saber lo que podría pasar con Esteban, sintiendo el peligro que corrían, a toda prisa recogieron algunas cosas que pensaron podían necesitar y partieron. Se fueron sin que nadie pudiera acompañarlos. Los hombres todos se habían ido a las montañas.

Esteban se mueve con cautela buscando siempre las veredas que corren entre los sembradíos. Evita los caminos reales donde algún delator o el mismo Ejército pueden identificarlo. Tiene que dar un gran rodeo, sacar fuerza de donde no tiene. Después de muchas horas de camino al fin logra llegar a la comunidad que también alberga a su familia y se reúne con ella.

Finalmente, el cuatro de abril, algunos campamentistas llegan hasta el caserío donde se encuentran Esteban y su familia. Todavía por esas fechas le dolía todo el cuerpo. A simple vista, no se advertían rastros de la golpiza que recibió, salvo el ojo que aún mostraba signos de haber sufrido una hemorragia.

Sin embargo, no podía mover el cuello. Sentía que sus costillas estaban sumidas. Tenía dificultades para respirar. Pasaba con dolor el alimento que comía. Una mano le quedó inhabilitada. Padecía de insomnio y pesadillas en las que volvía a vivir una y otra vez la amarga experiencia. Se despertaba sudando o gritando. Era una madeja enredada de nervios y sentimientos encontrados. Nunca más pudo volver a trabajar, siendo él el sostén de su familia.

Lo único que los campamentistas pudieron darle para ayudarlo fue su atención para que se desahogara y un relajante muscular que traían en el botiquín. Se ofrecieron a sacarlo del pueblo para conducirlo hasta San Cristóbal de Las Casas a fin de que lo revisara y atendiera un médico y a levantar una denuncia ante Derechos Humanos. Se convocó a una asamblea para decidir entre todos lo que convenía hacer.

Por esas fechas, se habían hecho correr algunos rumores de que antes del diez de abril los miembros del Ejército volverían a entrar en las comunidades.

Los indígenas de la ARIC oficial presionaban a sus hermanos diciendo que los militares afirmaban que iban a acabarlos, a matar a todos y que ya faltaba poco para que llegara ese día. Esto causaba gran tensión entre la gente.

En la comunidad que hospedaba a Esteban y su familia, después de hablar sobre el asunto en asamblea, todos consideraron que lo mejor para su salud era salir a recibir la atención médica que requería, a pesar del riesgo.

Así que a finales del mes de abril, los campamentistas contrataron un camión de redilas para hacer el viaje con más seguridad. Pusieron varias mantas entre el asiento delantero y la caseta de atrás. Ahí lo acostaron y le pusieron más cobijas encima para cubrirlo. Era preciso ocultarlo. Sobre las frazadas pusieron sus mochilas.

Durante el camino a San Cristóbal de Las Casas fueron detenidos, en tres o cuatro retenes militares. Se les pidió que se identificaran y bajaran del vehículo. Los soldados revisaron con poca minuciosidad, sólo visualmente la unidad en dos ocasiones. Pero en ninguna de ellas se percataron de la presencia de Esteban. A pesar del riesgo y la tensión, pudieron llegar a la ciudad sin problemas.

En el Centro de Derechos Humanos "Fray Bartolomé de Las Casas" recibieron su denuncia, casi tres meses después de ocurrido el hecho. Fue llevado a un médico que le brindó la atención que requería y redactó un reporte sobre el caso. También presentó su denuncia ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Luego de varios días Esteban regresó, nuevamente oculto, a su comunidad, donde sigue luchando por sobrevivir junto a su familia, pero con menos elementos que antes, ya que quedó imposibilitado para trabajar.

Después de esta experiencia, Esteban, a sus 53 años, quedó marcado para siempre al igual que su familia y su comunidad. Las heridas pueden sanar, pero las cicatrices quedan como recuerdos silenciosos, mudos, que con su sola presencia hablan del hecho.

El de Esteban no un caso aislado. Entre el 9 de febrero y el 10 de marzo de 1995, el Centro de Derechos Humanos "Fray Bartolomé de Las Casas" documentó un total de 33 expedientes de violación a los derechos del hombre y 7 de tortura. No son el total, pero representan una parte de los que se han podido verificar. A ellos se suman otras violaciones tales como allanamiento y detención arbitraria. Entre los casos documentados, se encuentran los siguientes:

El trece de febrero, aproximadamente a las seis de la mañana, un indígena fue detenido arbitrariamente en un retén militar en el Municipio de Las Margaritas.

Según su testimonio, los miembros del Ejército Federal tenían una lista con varios nombres y el suyo aparecía en ella. Después de interrogarlo sobre su pertenencia al movimiento zapatista, los uniformados le amarraron los pies con un lazo y lo jalaban con un vehículo unos cincuenta metros.

En el retén militar, aproximadamente diez militares lo sometieron a severas vejaciones. Le introdujeron agua en la nariz y en la boca, lo acostaron en el suelo y se pararon sobre su abdomen para que tragara agua.

Lo amarraron de pies y manos e intentaron ahorcarlo con un lazo. Transcurridas unas horas lo vistieron con un uniforme militar, lo amenazaron de

muerte y le dijeron que iban a ponerlo vestido así en una caja de madera para luego, culpar a los zapatistas de su muerte.

Se lo llevaron al Cuartel Militar que se encuentra en Comitán, a donde llegaron como a las siete de la noche. Le quitaron el uniforme que le habían puesto antes y lo hicieron declarar frente a un "Ministerio del Regimiento", ante un capitán o teniente. Recuerda con claridad que en ese sitio ya tenían un documento en donde lo declaraban líder zapatista de su comunidad.

Fue amenazado de que si no confesaba, lo llevarían a Tuxtla Gutiérrez en helicóptero para torturarlo. Al día siguiente, como a las once y media de la noche lo dejaron en libertad.

... Me desataron de los pies, y de allí es que me vendaron... ahí sí fue cuando me atropellaron duro, porque yo ya me estaba olvidando de plano, porque me echaban agua por la nariz, por la boca, se hincaban en mi estómago, se paraban encima de mí... y me decían que me iban a llevar a Tuxtla, que me van a matar.

Pues de todas maneras como ya sabemos que eso es lo primero que hacen para que uno diga como verdad lo que es mentira...

El lunes 13 de febrero, aproximadamente a las cinco de la mañana en el mismo retén del caso narrado anteriormente, en el Municipio de Las Margaritas, otra persona fue detenida. Su nombre también estaba en la lista junto con el de otros.

Miembros del Ejército Federal le vendaron los ojos y lo llevaron a un rastrojal de maíz, donde lo arrastraron como doscientos metros.

Lo golpearon en la cabeza y posteriormente intentaron ahorcarlo con las manos. Lo condujeron a un río cercano. Ahí lo arrojaron con la intención de que se ahogara.

Los militares utilizaron un costal empapado en una substancia que le provocó ardor en la cara y en el cuerpo. Durante la tortura le preguntaron dónde tenía las armas y lo acusaron de ser líder, amenazándolo de muerte si no confesaba la verdad.

Ese mismo día, como a las nueve y media de la noche, lo dejaron en libertad cerca del Vivero de la Soledad, en el Municipio de Las Margaritas.

... Después de que me arrastraron, me ahorcaron. Primero me metieron el culatazo en la cabeza; después de que me metieron el culatazo, me ahorcó con la mano hasta no pude comer un día por el mismo dolor.

Me golpearon con una patada, eso fue que me aventó. Llamaron otros más y es cuando ya me bajaron al río y me echaron al agua para que yo me ahogara. Me echaban a una bolsa y eso que arde, ahí sí lo sentí hasta la muerte.

- (Me preguntaron) *¿en dónde están las armas?*

Pero yo le digo: si yo desconozco armas de alto poder. Me decían:

- *¿Dónde están esa cueva que tienen esos...?*

Hasta mentaron, pues.

- Y tú eres un... líder y no lo dices. No lo niegues, porque si lo niegas, tu padre, lo que va hacer el arma.

Me prendía, me ponían la boca del cañón.

Dos indígenas tojolabales fueron detenidos arbitrariamente en un retén militar del Municipio de Las Margaritas. Allí se les sometió a un interrogatorio por parte de un militar indígena tojolabal de la comunidad de Bajucú.

Después le pusieron a cada uno, chaleco y gorra militar. Los subieron a un vehículo, donde los taparon con una lona para trasladarlos al Cuartel Militar que se localiza en Comitán.

Cuando se encontraban en el aeropuerto, que según el testimonio se ubica rumbo a Trinitaria, los detenidos fueron obligados a firmar un documento desconociendo el contenido del mismo.

Posteriormente, los llevaron en helicóptero a la Zona Militar ubicada en Tuxtla Gutiérrez, donde civiles y militares los sometieron a ciertas prácticas de tortura.

A uno de los tojolabales le vendaron los ojos, le amarraron las manos y lo colgaron. Luego llevaron una cubeta con agua en donde le metieron la cabeza para ahogarlo.

Luego lo sentaron en una silla para golpearlo en el pecho y en todo el cuerpo. Le pusieron en la cabeza una bolsa de plástico para provocarle asfixia.

Una vez que pudo pararse y mantenerse en pie, lo vistieron con botas, pañuelo rojo, morral y un palo de escoba para fotografiarlo.

El otro tojolabal detenido se encontraba en la habitación contigua, hasta la que llegaban los gritos de su compañero. Después de escuchar durante un tiempo las voces desesperadas de su amigo, fue llevado ante la presencia del Ministerio Público Federal, quien vestía con pantalón y playera del Ejército.

Tres individuos lo golpearon. Posteriormente, una persona vestida de civil se le acercó para preguntarle si estaban en el movimiento, cuántas armas tenían, quiénes y cuántos zapatistas había en su comunidad. Él no respondió nada.

Fue conducido al cuarto en donde estaba colgado de las muñecas su compañero. Allí lo acostaron boca arriba con las manos atadas y le colocaron el asiento de una silla en el cuello para ahogarlo.

Le vaciaron una cubeta de agua en el cuerpo y le dieron toques eléctricos en las piernas, el estómago y el pecho. Le pusieron una bolsa plástica en la cabeza intentando asfixiarlo.

Durante la tortura le interrogaron sobre su presunta participación como zapatista. Más tarde, continuaron la agresión picándole con un cuchillo. Con una pistola lo amenazaron con dispararle en la frente.

Usando como herramienta una pinza, lo amedrentaban con sacarle una muela si no se confesaba zapatista y le apretaban con fuerza la lengua hasta hacer que sangrara.

Los dos detenidos fueron trasladados a la Procuraduría de Justicia del Estado al día siguiente, lunes 13 de febrero, a fin de que rindieran su declaración.

El Ministerio Público les preguntó si tenían algún golpe o si alguien los había torturado. Ellos respondieron que no.

Declararon ser zapatistas, no haber sido golpeados y que les habían dado de comer tres veces al día. En ese momento recibieron atención médica. La prescripción fue una pomada para el dolor. Fueron liberados ese día como a las seis de la tarde.

... Ese Ejército es el que anda señalando las gentes. Entonces, ése nos conoce que somos de la CIOAC (Confederación Independiente Obrero, Artesanal y Campesina), para eso nos detuvo el Ejército. Nos metieron en un cuarto así vacío. Nos trajeron así, boca abajo, encima del carrito del Ejército. Nos pusieron una gorra y un chaleco militar y nos taparon con una lona de ellos, para que nadie nos vieramos que pasábamos por ahí...

El licenciado en el aeropuerto lo hizo un acta, sin que nos leyera. Entonces nos dio de que firmáremos esa acta con los dedos. Entonces nos llevó en un helicóptero del aeropuerto de Tuxtla Gutiérrez.

Nos metieron en un cuarto. Al como unos tres minutos fue cuando escuché, empezó a gritar el mi compañero. Y yo estoy temblando porque yo lo sé que lo estaban torturando.

Preguntaba si soy zapatista, qué relación tengo con los zapatistas. Cuántas armas tengo, cuántas armas hay en mi ejido. Quiénes son los zapatistas. Cuántos uniformados hay en mi ejido y yo le digo que no hay nada. No lo conocemos. Lo desconocemos ese tipo de gente...

Me lo llevan adentro donde estaba el mi compañero, colgado ya los dos brazos. Ya bien golpeado estaba. Y me dijeron:

- Ahora sí lo estás viendo cómo está éste.

Me lo pusieron unas cosas de fierro (esposas). Me pusieron boca arriba, vino uno, el más gordo lo trajo una silla. Pero la silla tiene una sentadita así de grande. Entonces lo puso aquí en mi cuello, entonces y se sentó ese gordo. Se sentó y yo me ahogué.

Pues, como no levantaba yo, me lo levantaron así a puñetazo, a patadas y jalaron mi pelo. Que yo sentara otra vez. Entonces me lo pusieron otra vez en la silla que yo dijera que soy zapatista. Cuántas armas tengo. Quiénes son más los zapatistas.

Entonces de ahí pues, lo estoy diciendo que no soy.

Y cuando lo vi trajo una cubeta de agua, me lo tiró encima. Todo el cuerpo se mojó. Entonces, pues, allí no digo que soy zapatista. Lo pusieron, lo enchufaron cable de la luz y me lo dieron así, toque eléctrico.

Me lo pone en pierna, en estómago, en mi corazón. Al ponerme así, pues se pierde uno... Y de ahí me pusieron una bolsa de nylon y me lo apretaron para así para que no respirara yo. Y me muero pues, no respiro.

Y como van que no me levanto, escucho un poquito todavía, va patada otra vez. Me lo jalan del pelo, otra vez a sentarse que yo diga ya que soy zapatista. Cuántas armas tengo.

La verdad, para evitar toda esa tortura, me quemé por tanto dolor y no sé nada de eso, de ese tipo de gente. Le dije que sí, que hemos entrado con ellos, con esos zapatistas, que tenemos armas. Que yo dijera todo para que me liberaran.

(Después de la tortura)... dos de los que estaban torturando llegó a preguntar si estábamos bien, o no nos dolía ninguna parte, y como nos habían dicho que no dijéramos nada, entonces nosotros respondimos que no, que no nos había pasado nada.

En el Municipio de Altamirano, el día diez de febrero, aproximadamente a la una de la tarde, cuatro hombres fueron detenidos por elementos del Ejército Federal cuando regresaban de trabajar en sus milpas.

Tres de estos indígenas cargaban rifles calibre veintidós para cazar conejos y pájaros.

Los cuatro fueron trasladados en un vehículo militar rumbo a Altamirano, de donde los llevaron en helicóptero hasta Tuxtla Gutiérrez al día siguiente.

Del aeropuerto de Tuxtla Gutiérrez, fueron conducidos a la Zona Militar cercana a esta ciudad. Ahí los interrogaron sobre su pertenencia al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y sobre las armas.

Cuando dijeron que no tenían ninguna vinculación con el EZLN, uno de ellos fue torturado por los militares que le vendaron los ojos, le amarraron las manos, le quitaron la ropa y le dieron toques eléctricos en las rodillas.

Después de haber declarado en la Zona Militar, los detenidos fueron conducidos a las oficinas de la Procuraduría General de la República, donde nuevamente declararon sin apoyo de un traductor.

Dos de ellos fueron liberados el día once de febrero.

El trece de febrero, los otros dos fueron enviados a la cárcel de Cerro Hueco y el día dieciséis se les llevó al Juzgado Primero de Distrito, donde firmaron documentos sin tener conocimiento de su contenido.

Cuando estaban en el Cuartel Federal, les dijeron que serían liberados con dos condiciones: 1) Serían amnistiados y deberían pagar cuatro millones de pesos, y 2) Otras personas deberían ser castigadas.

El artículo 22 de la Constitución Mexicana y el artículo 5 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos prohíben el uso de la tortura.

Según la Ley Federal para prevenir y sancionar la tortura, vigente desde 1992, se entiende por tortura todo acto que se inflige intencionalmente a una persona causándole dolores o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales, con el fin de obtener de ella o de un tercero una confesión o información. También puede ocurrir para castigarla por un acto que haya cometido o se sospeche ha cometido, o presionarla para realizar o dejar de realizar una acción. La tortura ocurre cuando se provocan dichos sufrimientos por un servidor público.

Queremos que publiquen esto, dijo una víctima de la tortura, y que el gobierno no siga atropellándonos; gente que somos inocentes. Que ya no nos siga acusando de esta manera, que no nos siga golpeando. Queremos que nos dejen caminar libres...

CHIAPAS EN CIFRAS

El estado de Chiapas abarca una superficie de 72 000 kilómetros cuadrados, el 4% de la superficie territorial del país. Está dividido en nueve regiones socioeconómicas, 111 municipios y 16 400 localidades, de las cuales el 99% son rurales y el 1% urbanas.

Según el Consejo Nacional de Población (CONAPO) 94 de los 111 municipios están calificados como de "muy alta" y "alta marginación".

Chiapas cuenta con una población de 3 210 490 habitantes, de los cuales el 35.19% son de habla indígena. Según el censo del '90, este porcentaje

pertenece a seis grandes grupos étnicos: tzeltales, tzotziles, ch'oles, tojolabales, mames y zoques y otros menos numerosos como los moché, lacandones, chuj y kanjobales.

Su tasa de crecimiento demográfico es del 4.5%, más del doble de la nacional de 2.0%. Si se mantiene constante la tasa de crecimiento para el año 2 000 serán casi 5 000 000 habitantes. Su periodo de duplicación es de 16 años.

Del total de habitantes, un 50% corresponde a mujeres y el otro a hombres. El 44.2% de su población es menor de 15 años. La esperanza de vida es de 61 años.

La entidad presenta una densidad de 43 habitantes por kilómetro cuadrado, lo que no refleja la distribución real en el estado.

Si un 22.65% de los trabajadores del país se dedica al sector primario (agricultura, ganadería, silvicultura, caza y pesca), en Chiapas lo hace el 58.34%. De la fuerza laboral ocupada a nivel nacional un 26.53% obtiene mensualmente menos de un salario mínimo; en el estado chiapaneco la suma asciende a 58.89% de la población económicamente activa (PEA) y de éste porcentaje el 19% no percibe ingreso alguno. En la zona llamada de Los Altos, que concentra a buena parte de la población indígena del estado, la cifra se eleva hasta un 72.9%.

Lo cual quiere decir que casi un 60% de la población en Chiapas vive con ingresos de subsistencia obtenidos de una agricultura tradicional y de escaso rendimiento.

Sin considerar las actividades de la Comisión Federal de Electricidad y de Petróleos Mexicanos, en el estado la presencia de la industria es apenas incipiente.

De acuerdo a la escala de bienestar social que diseñó el Gobierno Federal tomando en cuenta 24 indicadores, Chiapas se ubica en el lugar más bajo entre los estados del país.

De acuerdo con las cifras oficiales más del 50% de la población chiapaneca sufre desnutrición.

Los servicios institucionales en ese estado cubren en el mejor de los casos 25% de las comunidades. Según estadísticas oficiales sólo el 13.4% de la población abierta del estado utiliza los servicios disponibles. En la región de Los Altos el 70% de quienes murieron en '91, según la Dirección General de Epidemiología de la Secretaría de Salud, no tuvieron atención médica previa y la mayoría de las mujeres embarazadas acudieron con parteras.

Hasta 1992 las muertes registradas en los municipios de Chamula y Huixtán no contaban con certificación médica.

El 36% de las causas de muerte registradas como calentura e hinchazón, hablan del grado de abandono en que esa población se encuentra.

En 1990 más de 166 000 ejidatarios, equivalentes al 91% del total del estado producían maíz. Más del 95% del área maicera es de temporal. El promedio de las parcelas individuales era de 3.7 has., con rendimientos promedio de 1.52 ton. por ha., equivalente a un volumen total de 5.6 ton.

**ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

Antes del PROCAMPO el precio de garantía del maíz era de N\$750.00 por tonelada. Los productores que promediaban un volumen de 5.6 ton. en 1993 habrían recibido un ingreso de N\$4 200.00 por cosecha.

Ciclo estacional	O-I	P-V	O-I
Año	'93-'94	1994	94-'95
Precio /5.6 ton.	3 640	3 360	2 520
Pago PROCAMPO /3.7has.	1 221	1 295	1 295
Ingreso total	4 867	4 655	3 926
Variación del ingreso desde '93	+661	+465	-274

En el estado existen, según el censo del '90 un total de 594 025 viviendas que representan el 3.70% de las del país. De éstas el 33.1% carecen de electricidad contra la media nacional de 12.5%. El 40.5% no tiene agua potable, lo que significa más del doble respecto al nacional de 19.8%. Las viviendas sin drenaje ascienden al 55.7%, cuando el país tiene un 34.6%.

El porcentaje de viviendas con hacinamiento es del 74.07 y el de ocupantes de viviendas con piso de tierra es el 50.90.

Para el '90 el analfabetismo en Chiapas alcanzó el 30.1% de la población mayor de 15 años, pero entre la población indígena de 15 años y más el 54% es analfabeta, contra la media nacional de 43%.

En Chiapas, de la población indígena de 15 años y más el 28% tiene primaria incompleta, sólo el 11% posee primaria completa y el 7% alcanza estudios posprimaria, cuando en el estado el 18% de la población cuenta con estudios de secundaria y en la República este porcentaje es de 26.

La entidad presenta uno de los tres niveles más bajos de escolaridad: 4 años, cuando el promedio nacional es de 7.

Para 1993 de un total de 2 millones de habitantes en condiciones de asistir a la escuela se atendió a 800 000, es decir se cubrió sólo el 40% de la demanda educativa.

De la población de 6 a 14 años, 71% asiste a la escuela, mientras el promedio nacional es de 86%.

La cobertura de los servicios de educación primaria para fines de '94 es de 79%, concentrándose en las zonas urbanas y semiurbanas. La eficiencia terminal alcanzada durante el ciclo '93-'94 fue de 32%, lo que refleja los altos índices de deserción escolar, causada fundamentalmente por la incorporación de los niños a las actividades productivas, la insuficiente alimentación de la población infantil y el desarraigo de docentes.

La Dirección General de Educación Indígena (DGEI) a través de su Departamento de Educación Indígena en Chiapas da atención a nivel preescolar y primaria a las comunidades con un esquema educativo bilingüe y bicultural.

Para el periodo 1987-'93 el índice de eficiencia terminal fue de 16%, el de reprobación de 18% y el de aprobación de 8%. Para el ciclo escolar de '93-'94 de los 1 300 docentes en servicio a nivel preescolar 97% contaban con estudios de primaria, secundaria o bachillerato y sólo el 3% con licenciatura terminada.

En ese mismo periodo la atención del servicio educativo de primaria indígena alcanzó el 68% respecto a la demanda potencial detectada en el censo del '90 y respecto a la proyectada para '93 refleja una atención de sólo el 23% en el estado.

La región de La Selva prácticamente carece de cobertura educativa en primaria indígena.

La capacidad operativa del Instituto Nacional de Educación para Adultos (INEA) a principios del '94 sólo permitía la atención de 1 100 localidades de las 16 400 que tiene la entidad.

Revisemos ahora las cifras nacionales. El Instituto Nacional Indigenista (INI) ha estimado que la población indígena en nuestro país asciende a 8 701 688 personas, que representan el 10.7% de la población nacional, agrupados en 56 etnias.

Según los datos del INEGI en los estados de Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Puebla, Yucatán, Hidalgo, México y Guerrero se ubica el 78% del total de la población indígena. Por ejemplo, en el estado de Oaxaca el 52.72% de la población total es india, en Yucatán el 52.48%, en Chiapas el 35.19%, etc.

El CONAPO clasifica los estados de Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Hidalgo, Veracruz y Puebla como de "muy alta marginación".

De los 2 403 municipios del país, CONAPO califica a 341 de "muy alta marginación", 812 de "alta", 462 de "media", 656 de "baja", y 132 de "muy baja". Los cien municipios que padecen la más alta marginación en el país

pertenecen casi en su totalidad a los estados eminentemente indígenas y los restantes 241 son en su inmensa mayoría municipios indios.

En el estudio del CONAPO que analiza la información de los censos del '90 se mencionan dos indicadores acerca del grado de educación: el 12.44% de la población nacional mayor de 15 años es analfabeta y la población nacional sin primaria completa mayor de 15 años representa el 29.31%.

Los estados de la Federación con mayor porcentaje de analfabetas por orden decreciente son: Chiapas con 30.12%, Oaxaca con 27.54%, Guerrero con 26.67%, Hidalgo con 20.69%, Puebla con 19.22% y Veracruz con 18.26%. Nótese que en estos estados hay una alta densidad de población indígena.

En los 395 municipios del país registrados como eminentemente indígenas, con un mínimo de 70% de hablantes de lengua indígena (HLI), el promedio de analfabetismo de la población de 15 años y más es de 43%, es decir, más del triple de la media nacional de 12.4%. El analfabetismo, en esos mismos municipios, en el caso de la mujer es mayor ya que alcanza el 53% mientras que el masculino sólo representa el 33%. El porcentaje de la población mayor de 15 años sin primaria en Chiapas es del 62.08%, en Guerrero y Oaxaca más del 50%.

En las localidades eminentemente indígenas el 58.92% de los niños de 5 años no asiste a la escuela y el 28.32% de la población de 6 a 14 años tampoco lo hace. El 28.8% de la población de 6 a 14 años no sabe leer ni escribir. La población de 15 años y más presenta condiciones deplorables de instrucción: el 42.62% no tiene ningún tipo de instrucción, apenas el 13.95% cursó la primaria completa y sólo el 10.16% alcanzó educación posprimaria.

En las localidades medianamente indígenas, el 52.60% de la población de 5 años y el 21.32% de la población de 6 a 14 años no asisten a la escuela. El 19.73% de la población de 6 a 14 años no sabe leer ni escribir y por lo que se refiere a la población de 15 años y más, el 27.73% no tiene ningún tipo de instrucción, el 16.51% logra la primaria completa y sólo el 20.76% consigue instrucción posprimaria.

La información disponible muestra las altas tasas de población excluida de ocupación en la economía de mercado: en las localidades eminentemente indígenas el 59.38% de la población mayor de 12 años es económicamente inactiva (PEI), en las medianamente indígenas lo es el 59.10% y en las que tienen menos del 30% de población hablante de lengua indígena la inactividad alcanza el 55.33% de la población. En resumen, más de la mitad de la población de 12 años y más en estas últimas localidades y casi el 60% de las dos primeras no encuentran ocupación en la órbita de la economía nacional.

Mientras el porcentaje de la población ocupada que percibe ingresos por debajo de un salario mínimo es de 19%, en los municipios indios es de más del doble: 43%. El porcentaje de trabajadores indios que no perciben ingreso monetario alguno es de 29%, cuando el promedio nacional (7.2%) es cuatro veces menor.

Las cifras nos muestran claramente que la marginación indígena ha alcanzado dimensiones límite. La información estadística maneja números que en la realidad cobran vida, se vuelven personas de carne y hueso, que pagan con dolor el rezago histórico al que se les ha sometido.

La democracia implica necesariamente el reto de crearla y no podrá darse mientras una parte de la población permanezca al margen de lo educativo, de la producción, la salud, la alimentación, el bienestar, etc.

La participación y el involucramiento de la población civil en las cuestiones públicas y políticas es una condición *sine qua non* en el camino hacia la democracia. Es preciso hacer a un lado la indiferencia, la comodidad de dejar en manos de otros las decisiones sobre nuestro futuro como sociedad.

Los mexicanos tenemos que entender que no podemos solucionar nuestros problemas con despensas, promesas incumplidas o clientelismos partidistas.

Es preciso no dejarse influir por las versiones que nos brindan a través de los medios de comunicación los distintos actores del drama, obedeciendo a sus propios intereses. Abramos los ojos y enfrentemos la realidad.

Si bien es cierto que el problema no lo hemos originado la mayoría de los mexicanos, también lo es que con nuestro silencio y pasividad permitimos que nuestros conciudadanos vivan en condiciones deplorables.

La democracia exige igualdad de condiciones, respeto a las diferencias y justicia para todos.

**El hombre no tejió la trama
de la vida. El es sólo un hilo.
Lo que hace con la trama,
se lo hace a sí mismo.**

GLOSARIO DE TÉRMINOS EN TZELTAL

Chin ach'ixetic: Jovencitas.

Chitam: Cerdo.

Ilin: Enojo.

Jocolawual: Gracias.

Lot: Mentira.

Kaxlan: Mestizo.

Ch'ajil: Haragán.

Kerem: Muchacho.

Najetic: Casas.

Nagk: Arbol autóctono.

Narr: Mamá.

Mama: Persona de edad avanzada.

Ochom: Ollas

Pajel to: Hasta mañana.

Pech: Pato.

Foch: Aguardiente de caña.

Pezol: Maíz cocido con cal y agua, martajado y amasado en forma de bola.

Sirve para quitar el hambre y la sed. Consituye generalmente para los indígenas la comida del mediodía.

Fukuj: Diablo.

Puy: Caracol.

Tat: Padre.

Tatic: Padre o Señor, también referido a un alto mandatario de la Iglesia o comunidad; implica respeto y amor.

Wits: Cerros.

BIBLIOGRAFIA

- **Armendáriz, Ma. Luisa, *Chiapas, una radiografía*, F.C.E., México, 1994.**
- **Castellanos, Rosario, *Balún Canan*, F.C.E., México, 1957.**
- **Centro de Derechos Humanos "Fray Bartolomé de las Casas", *Informe especial de tortura*, Chiapas, México, 1995.**
- **CONAPO, *Índices socioeconómicos de marginación municipal*, México, 1993.**
- **Davos, Jean, *Selva Lacandona*, F.C.E., México, 1992.**

- * Díaz Polanco, Héctor (Coord.), *Situación de los indígenas en México. problemas y perspectivas*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social (CIESAS), Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), México, 1994.

- * Duhalde, Eduardo L. y Dratman, Enrique, *Chiapas: la nueva insurgencia*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Argentina, 1994.

- * Eco, Umberto, *Cómo se hace una tesis*, Garnica, México, 1993.

- * Favre, Henri, *Gambio y continuidad entre los mayas de México*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1984.

- * García de León, Antonio, *Resistencia y utopía*, Era, México, 1981.

- * García de León, Antonio, *Chiapas: los saldos de un año en rebeldía*, La Jornada, 2 de enero de 1995.

- * González Casanova, Pablo, *Causas de la rebelión en Chiapas*, La Jornada, 5 de septiembre de 1995.

- * González Reyna, Susana, *Manual de redacción e investigación documental*, Trillas, México, 1990.

- * Hernández Carballido, Elina Sonia, *El relato periodístico en México*,

Tesis, FCPyS, UNAM, México, 1998.

- * Hernández Palacio, Luis y Sandoval, Juan Manuel (comps.) *El redescubrimiento de la frontera sur*, Ancien Règime, México, 1989.
- * Ibarrola, Javier, *El reportaje*, Garnica, México, 1989.
- * INEA, *Diccionario básico de la lengua tzeltal*, México, 1994.
- * INEGI, *IX Censo General de Población y Vivienda*, México, 1990.
- * INEGI, *Estadísticas vitales del Estado de Chiapas*, Cuaderno 1, México, 1994.
- * Lella, Cayetano y Ezcurra, Ana María, *Chiapas entre la tormenta y la profecía*, Instituto de Estudios y Acción Social, Buenos Aires, 1994.
- * Leñero y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, Grijalbo, México, 1987.
- * Río, Julio del, *Reportaje. periodismo interpretativo*, Trillas, México, 1992.
- * Ríos Navarrete, Humberto, et al., *Los indios de México, 500 años después*, Editorial Uno, México, 1993.
- * Riva Palacio, Raymundo, *Más allá de los límites*, F.M.B., México, 1995.
- * Rodríguez S., Marcelo, *Aprendo tzeltal*, México, 1990.
- * Romero Alvarez, María de Lourdes, *El relato periodístico como acto de habla*,

Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, No. 165, México, 1996.

* Romero Álvarez, María de Lourdes, *El relato periodístico: entre la ficción y la realidad*, Tesis, FCPyS, UNAM, 1995.

* Ruíz García, Samuel, *Carta pastoral en esta hora de gracia con motivo del saludo de S. S. el Papa Juan Pablo II a los indígenas del continente*, Vid, México, 1993.

* Viqueira, Juan Pedro y Ruz, Mario Humberto, *Chiapas, Los rumbos de otra historia*, Centro de Estudios Mayas, Instituto de Investigaciones Filológicas y Coordinación de Humanidades, UNAM, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Universidad de Guadalajara, México, 1995.

ENTREVISTAS

Dada la situación de los indígenas en Chiapas, los nombres de las personas que aparecen en los relatos no son los verdaderos.

Señor Vicente Torres (68 años) e hijo (49 años). Serie de entrevistas realizadas los sábados 13 y 20 de mayo, el martes 23, el jueves 25 y el viernes 26 de mayo de 1995.

Señor Tomás Jiménez (40 años). Entrevistado el lunes 29 de enero de 1996.

Niño Francisco Jiménez (6 años). Entrevistado el martes 30 de enero de 1996.

Sra. Juana Márquez de Sánchez (18 años). Entrevista el sábado 17 de febrero de 1996.

Sr. Benjamín Sánchez (20 años). Entrevista el sábado 17 de febrero de 1996.

Sra. María Gutiérrez de Jiménez (22 años). Entrevista el jueves 29 de febrero de 1996.

Señor Alfonso Jiménez (23 años). Entrevista el jueves 29 de febrero de 1996.

Sr. Esteban González (53 años). Tres entrevistas se llevaron a cabo los días miércoles 23, jueves 24 y viernes 25 de agosto de 1995.